

CUADERNO 17

Soy lo que ves y no es

Adolescentes y jóvenes
que no estudian ni
trabajan en América
Latina

VANESA D'ALESSANDRE
ISSN 1999-6179 / Octubre 2013



Organización
de Estados
Iberoamericanos
OEI
Para la Educación,
la Ciencia y la Cultura



Organización
de las Naciones Unidas
para la Educación,
la Ciencia y la Cultura



Instituto Internacional de
Planeamiento de la Educación
Serie Regional Suramérica



SITEAL
SISTEMA DE INFORMACION DE TENDENCIAS
EDUCATIVAS EN AMERICA LATINA

International Institute for Educational Planning
7-9 rue Eugène-Delacroix
75116, París
Francia

© IIPE – UNESCO Sede Regional Buenos Aires
Agüero 2071
C1425EHS, Buenos Aires
Argentina
www.iipe-buenosaires.org.ar

© Organización de Estados Iberoamericanos
Para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI)
Bravo Murillo 38
28015, Madrid
España
www.oei.es

ISSN: 1999-6179

Las ideas y las opiniones expresadas en este documento son propias de la autora y no representan necesariamente los puntos de vista de la UNESCO o del IIPE. Las designaciones empleadas y la presentación de material no implican la expresión de ninguna opinión, cualquiera que esta fuere, por parte de la UNESCO, del IIPE, o de la OEI, concernientes al status legal de cualquier país, territorio, ciudad o área, o e sus autoridades, fronteras o límites.

Se permite la reproducción total o parcial del material, siempre que se cite claramente el nombre de la fuente, el nombre del autor, el título del artículo y la URL (<http://www.siteal.iipe-oei.org>), tanto en medios impresos como en medios digitales.

Introducción¹

“¿Qué ves cuándo me ves?”
Que ves, Divididos

Las mañanas son agitadas y casi siempre, las comienza mal dormida. Sonia es la primera en levantarse, a las seis. Mateo duerme en su cuna y Mariano remolonea unos minutos antes de tomar su ducha matinal. En una hora estarán todos desayunados y vestidos, listos para empezar un nuevo día. Pocos minutos después de despedir a Mariano, Sonia prende la radio y escucha una noticia que la estremece: a pocas cuadras de su casa, dos adolescentes –el locutor no menciona sus nombres pero se trata de Santiago y Darío- intentaron robar un kiosco. Santiago, el más chico, murió de inmediato por una bala policial. Darío logró escapar.

Dos años atrás Elena dejó la escuela y nadie le preguntó si volvería. Cuando anunció que su bebé nacería en junio, su mamá la abrazó fuerte y le dijo que no había razones para que abandonara la casa que compartía con sus hermanos. Elena creció de golpe, pero pudo afrontar su nueva vida sin grandes cambios. Desde muy niña había cambiado pañales, preparado almuerzos y cenas. Tender camas, lavar platos, cuidar que los deditos traviesos no se topen con los enchufes no eran tareas que la tomaran por sorpresa. Finalmente, ser mamá no era muy diferente que ser hermana mayor.

Laura terminó el secundario y se prometió que era lo último que hacía sin ganas. Cuando a la pregunta obligada de sus padres respondió que no seguiría estudiando, la invadió una estimulante sensación de libertad. Desde entonces, hizo cursos de teatro, cine, canto, incluso participó de los grupos de estudio de filosofía e historia organizados por la Universidad, pero las ganas de los primeros meses se diluyeron en las rutinas y aún no logró darle continuidad a ninguna actividad. Su mamá y su papá le dieron un plazo de unos meses para que decidiera si se matricularía en una carrera –*al menos terciaria*, le dijeron- o si trabajaría para aportar para su manutención. Laura entonces, ofendida, le pidió cobijo a su novio y desde entonces viven juntos. Extraña mucho, pero se está acostumbrando.

Es la segunda vez en la semana que pierde su oportunidad de ser contratado por no haber terminado el secundario. “¿Qué de lo que necesitan que haga no se hacer?”

¹ Melina Caderosso, Carolina Duer y Florencia Urosevich, participaron en la compilación, procesamiento de los artículos periodísticos y en la producción de insumos para la elaboración de este documento. Jessica Plá participó en la ampliación y actualización de artículos periodísticos que conforman el corpus de este trabajo.

Agradezco fervorosamente a Néstor López, Daniel Hernández y a Melina Caderosso por compartir sus impresiones sobre los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan, por acercarme ideas y bibliografía, por ayudarme a pensar; y fundamentalmente les agradezco con el corazón que me hayan ayudado a recuperar la confianza en este texto que por momentos me resultó esquivo.

preguntó la última vez. Clavó sus ojos furiosos logrando intimidar al posible empleador pero no sirvió de mucho. “En el aviso estaba aclarado que el secundario completo es un requisito para el trabajo. Te acompaño a la puerta” agregó y no dijo más. Rubén sigue enojado y desistió por el momento de seguir buscando trabajo por los avisos que encuentra en Internet. Todavía no le dijo nada a su familia, pero está pensando en visitar al amigo de su hermano que le ofreció darle un dinero si lo ayuda a instalar su nuevo negocio.

Sonia, Santiago y Darío, Elena, Laura y Rubén no se conocen entre ellos. No se conocen, en primer lugar, porque los separan kilómetros y kilómetros de distancia. Sonia vive en una zona residencial de Buenos Aires, Santiago y Darío en el conurbano bonaerense. Elena en un pequeño pueblo agrícola en las afueras de Managua, Laura en la gigantesca DF. Rubén nació en San Pedro pero a los pocos años se mudó a Asunción. De todas formas, si se cruzaran por la vida, difícilmente podrían encontrarse. O quizás sí, pero deberían ser capaces de superar la infinidad de barreras impuestas por sus trayectorias de vida disímiles, prejuicios y estigmas. Incluso si gracias a la tecnología, la geografía dejara de ser un obstáculo, sus códigos culturales probablemente reforzarían la distancia.

Sin embargo, una categoría amparada por las estadísticas los agrupa a todos, provocando un lazo insospechado, indiferenciándolos: Sonia, Santiago, Darío, Elena, Laura y Rubén, son adolescentes y jóvenes latinoamericanos que no estudian ni trabajan.

Este documento nace del desconcierto. ¿Qué lleva a agrupar realidades tan diferentes en una categoría? Una categoría por demás curiosa que define por la ausencia y se restringe a una etapa del ciclo vital. ¿En qué contexto se inscribe y de qué modo adquiere significado? ¿Cuáles son los supuestos que la sostienen? ¿Cuál es la afirmación que la constituye? ¿Cuál es su umbral? ¿Cuáles son sus conceptos asociados? Y fundamentalmente ¿qué situación define? ¿Cuáles son sus consecuencias?

Para la elaboración de este documento se sistematizaron y analizaron 250 artículos periodísticos que mencionaban a los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan, publicados en la edición digital de los principales periódicos de 19 países latinoamericanos, durante el período comprendido entre enero de 2011 a mayo de 2013, y se procesaron las encuestas de hogares de cada país para el período 2000 - 2010. Las realidades que reflejan los personajes que abrieron este documento -Sonia, Santiago, Darío, Elena, Laura y Rubén- fueron el resultado de este ejercicio.

El análisis de la información se enfocó en precisar los sentidos que adquiere no estudiar ni trabajar en la región latinoamericana. No se trata tanto de comprender quienes son en verdad sino recabar indicios para desentrañar por qué no estudiar ni trabajar constituye una dimensión relevante para clasificar a los adolescentes y jóvenes. El propósito central de este documento es reflexionar sobre una de las formas en que los adolescentes y jóvenes aparecen en el mundo. Se parte de varios supuestos. Tal como irrumpe la categoría en el escenario público, los adolescentes y

jóvenes que no estudian ni trabajan constituyen un problema social en proceso de visibilización. Vinculado a esto, si bien el origen de la categoría “no estudia ni trabaja” es incierto², su sostenimiento a lo largo del tiempo se apoya en la información cuantitativa. A través de la información que ofrecen las Encuestas de Hogares, los Censos o encuestas de juventud, y las opiniones de especialistas entrevistados, los autores de los artículos periodísticos buscan dimensionar y caracterizar a un problema que afecta al conjunto de la sociedad. Alrededor de los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan percibidos como problema, se distribuyen responsabilidades, culpas y lamentos, se vaticinan catástrofes. Se producen discursos cuyo rasgo sobresaliente es la superposición de sentidos que no logran encastrar en una única representación, y en consecuencia, ofrecen una permanente abertura hacia nuevos significados.

En otros términos y parafraseando a la banda de rock argentina “Divididos”, el propósito de este documento es reflexionar sobre los resultados que arroja la pregunta ¿a quienes de todos estos personajes vemos cuando vemos adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan?

La reconocida psicóloga social francesa Denisse Jodelet (1984) destaca la capacidad heurística de las representaciones sociales. Estas aluden a los marcos interpretativos que los miembros de un grupo social construyen sobre los otros y sobre sí mismos, su medio, su pasado, su presente y su futuro (Moscovici, 2003). Estas representaciones importan no sólo porque describen al mundo social sino particularmente por su rol cognitivo, dado que habilitan interacciones y permiten comprenderlo.

Las representaciones sociales son, según Jodelet, uno de los recursos centrales a través de los cuales los seres sociales aprehenden las características de su medio, las informaciones que en él circulan, de las personas que lo conforman. Este conocimiento, producido y compartido socialmente, se instala como sentido común, no sólo a partir de las experiencias personales de cada sujeto, sino también mediante la información y cosmovisiones que estos reciben a través de los medios masivos de comunicación social. La función cultural fundamental de los medios masivos de comunicación, sostiene el sociólogo jamaíquino Stuart Hall, es “*el suministro y construcción selectiva del conocimiento social, de la imágenaría social por cuyo medio percibimos los «mundos», las «realidades vividas» de los otros y reconstruimos imaginariamente sus vidas y las nuestras. (...) [proveen] “las imágenes, representaciones e ideas, alrededor de las que la totalidad social, compuesta por todas estas piezas separadas y fragmentadas, puede ser captada coherentemente como tal «totalidad».*” (Hall, 1981).

Desde esta perspectiva, los medios de comunicación son claves en la conformación de

² En algunas notas se adjudica el siguiente origen a la categoría “nini” “(...) traslación acomodada del acrónimo inglés Neet: Not in Employment, Education or Training (ni trabaja, ni estudia, ni recibe formación)” (Portafolio 2012, Colombia) . Por otra parte, en el año 2010 se emitió en España la primera edición de un programa televisivo denominado “Generación NINI”, es probable que este programa haya ayudado a expandir el uso del término “nini” para referirse a los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan <http://www.formulatv.com/programas/generacion-ni-ni/>

la opinión pública, reafirman representaciones sociales hegemónicas, las reproducen y eventualmente construyen nuevos prismas a través de los cuales abordar a las problemáticas sociales. Esta posibilidad está dada en parte por el hecho de que la noticia no consiste en una copia idéntica de la realidad social sino que se trata de una construcción mediada por la selección, combinación, eliminación, reformulación estilística, junto con procesos ideológicos y cognitivos propios de los periodistas (Van Dijk, 1997). De esta manera, los discursos construidos por los medios de comunicación no serán entendidos como el delgado punto de contacto entre la realidad y el lenguaje (Foucault, 2002), sino como narraciones informativas que seleccionan aspectos de la complejidad de los fenómenos sociales, recortando algunas características y resaltando otras. De esta manera, los discursos que construyen y transmiten los medios de comunicación no se limitan a reflejar los sucesos cotidianos, sino que construyen imágenes e interpretaciones sobre los mismos. Así, se torna necesario pensar en los efectos de verdad que generan esos discursos, tanto por lo que dicen como por lo que callan (Foucault, 2002).

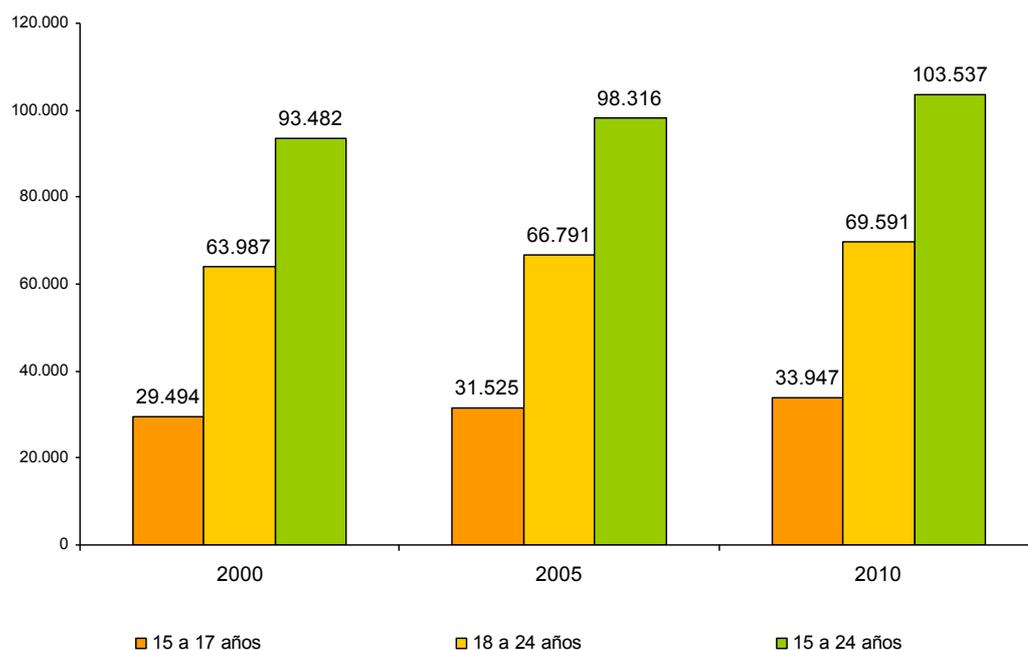
Por el mismo motivo, el sesgo que se introduce al enfocar en las representaciones sociales que proyectan los principales periódicos latinoamericanos a través de las notas publicadas en su versión digital, es central para el caso particular de este documento. La identificación, sistematización y análisis de estas representaciones sociales hegemónicas constituye un ejercicio relevante porque de ellas se alimenta la percepción generalizada que se instaura como fuente de presión, fundamentalmente hacia el Estado y los gobiernos a intervenir sobre el grupo en una forma en particular.

Los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan desde las Encuestas de Hogares

*“El lado más oscuro está debajo de la lámpara”
Proverbio coreano*

Un pantallazo general a las estadísticas regionales indican que en el año 2010, la población total latinoamericana, para los 18 países de los cuales se cuenta con información, asciende a 565.5 millones de personas. El grupo de personas que tiene entre 15 y 24 años ronda los 103 millones, el 52% de ellos reside en Brasil y México. El peso relativo de quienes tienen entre 15 y 17 años es el del 6% (33.9 millones) en tanto los jóvenes –el grupo que tiene entre 18 y 24 años- representa al 13% del total (69.6 millones). La distribución por sexo es similar, en todos los países considerados. El crecimiento de la población durante la década implicó que la cantidad absoluta de adolescentes y jóvenes se incrementara en un 10%.

Gráfico 1: Población total y por grupos de edad (en miles), 2000 - 2010 América Latina, 18 países



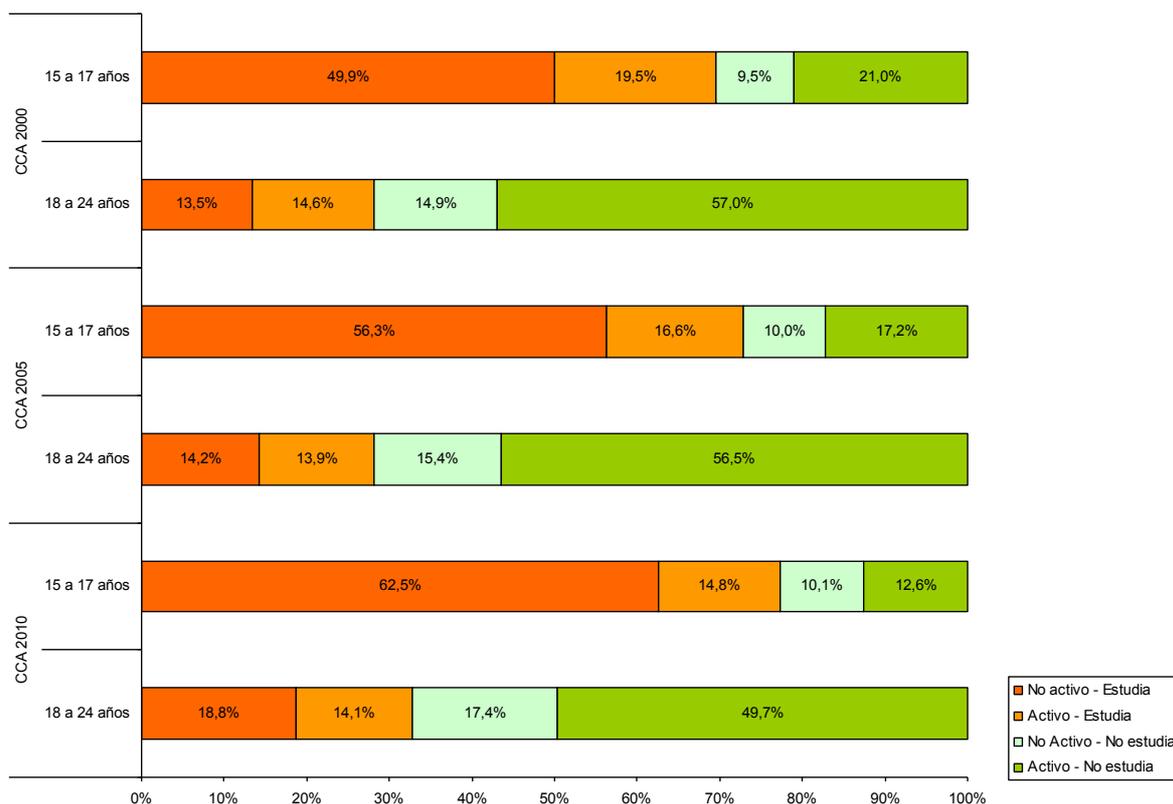
Fuente: SITEAL con base en CELADE

En relación con los dos términos implicados en la categoría -estudio y trabajo- el análisis longitudinal constata que durante el período 2000 – 2010 la dimensión proporcional del grupo que no estudia ni trabaja se mantuvo estable entre los adolescentes y aumentó muy levemente entre los jóvenes. Esto implica que su variación absoluta obedece casi en su totalidad al crecimiento vegetativo de la población y no a un cambio sustantivo del comportamiento de los adolescentes y jóvenes en relación con la exclusión simultánea del sistema educativo y el mercado laboral.

Un comportamiento que sí varió a lo largo de la década fue la propensión de los adolescentes y jóvenes a permanecer escolarizados. En efecto, la proporción de adolescentes y jóvenes escolarizados creció alrededor del 11%, lo cual entre los adolescentes implicó el pasaje desde el 69% en el año 2000 al 77% en el año 2010, y entre los jóvenes del 28% al 33%.

Al articular ambas afirmaciones –incremento de la proporción de escolarizados y estabilidad en la proporción de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan- se constata que el afianzamiento del lazo de los adolescentes con la escuela se realizó sobre la base de los adolescentes activos. No obstante, la tasa de actividad global entre los adolescentes también se redujo, lo cual indica que la escuela logró integrar a los adolescentes sobre la base de su retirada efectiva del mercado laboral. Entre los jóvenes se observa una tendencia similar. Se incrementó la propensión a la escolarización y en forma simultánea se redujo su propensión a participar en el mercado laboral.

**Gráfico 2: Adolescentes y jóvenes según escolarización y condición laboral, 2000 - 2010
América Latina, 18 países**



FUENTE: SITEAL con base en Encuestas de Hogares de cada país³

³ Para la elaboración de este documento se utilizaron las siguientes Encuestas de Hogares:

CIRCA 2000: Argentina - EPH 2000 del INDEC, Bolivia 2000 ECH del INE, Brasil 2001 PNAD del IBGE, Colombia 2003 ECH del DANE, Costa Rica 2000 EHPM del INEC, Chile 2000 CASEN de MIDEPLAN, República Dominicana 2000 ENFT del Banco Central de la Rep., Ecuador 2001 EESD del INEC, El Salvador 2000 EHPM de la DIGESTYC, Guatemala 2001 ECV del INE, Honduras 2001 EPHPM del INE, México 2000 ENIGH del INEGI, Nicaragua 2001 EMNV del INEC, Panamá 2000 ECH del DEC, Paraguay 2000 EIDH de la DGGECE, Perú 2000 ENH del INEI, Uruguay 2001 ECH del INE, Venezuela 2000 EHM del INE.

CIRCA 2005: Argentina - EPH 2006 del INDEC, Bolivia 2005 ECH del INE, Brasil 2006 PNAD del IBGE, Colombia 2005 ECH del DANE, Costa Rica 2005 EHPM del INEC, Chile 2006 CASEN de MIDEPLAN, República Dominicana 2007 ENFT del Banco Central de la Rep., Ecuador 2006 EESD del INEC, El Salvador 2006 EHPM de la DIGESTYC, Guatemala 2006 ECV del INE, Honduras 2006 EPHPM del INE, México 2006 ENIGH del INEGI, Nicaragua 2005 EMNV del INEC, Panamá 2006 ECH del DEC, Paraguay 2006 EIDH de la DGGECE, Perú 2005 ENH del INEI, Uruguay 2006 ECH del INE, Venezuela 2005 EHM del INE.

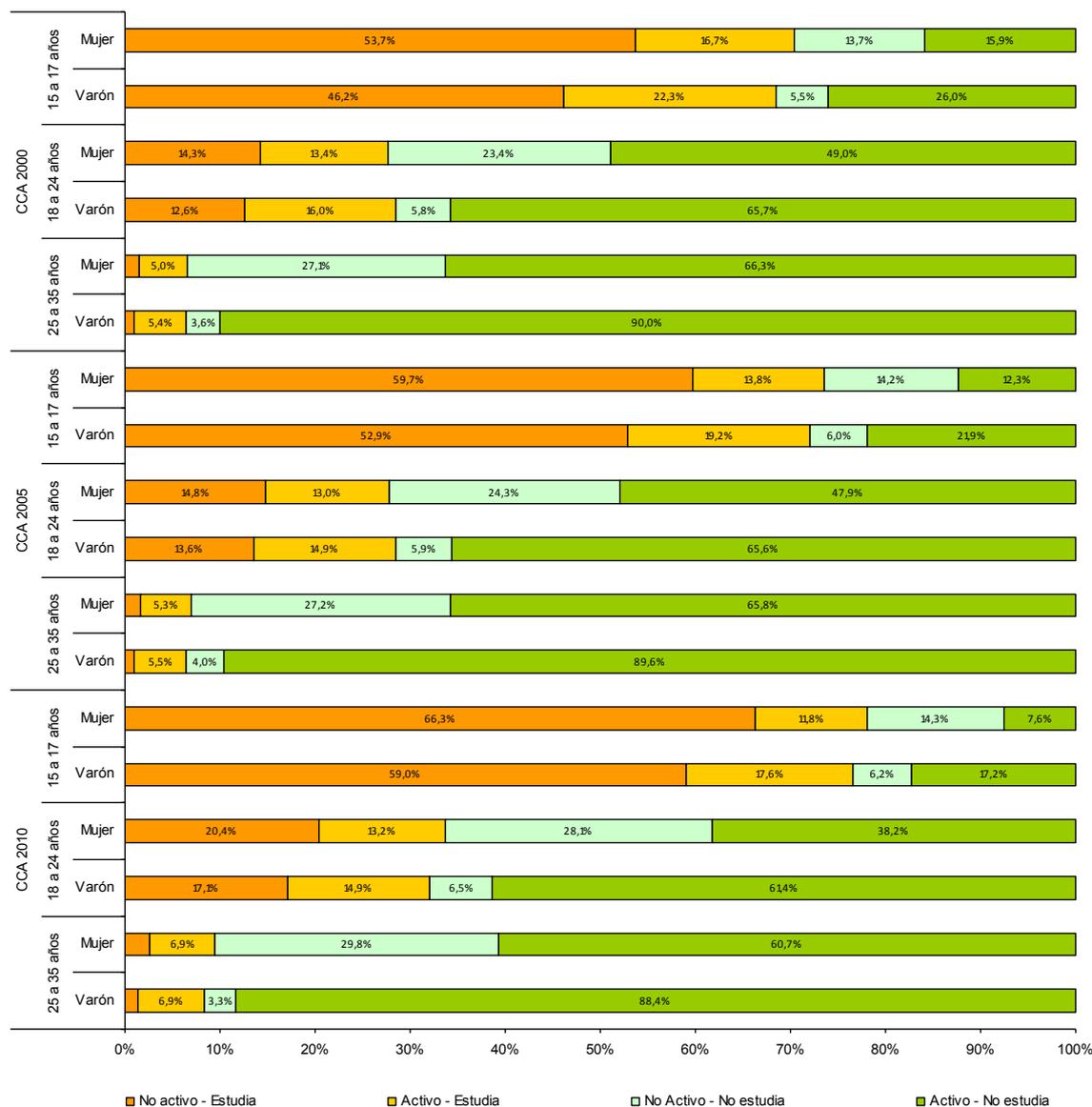
CIRCA 2010: Argentina - EPH 2011 del INDEC, Bolivia 2011 ECH del INE, Brasil 2009 PNAD del IBGE, Colombia 2010 ECH del DANE, Costa Rica 2010 EHPM del INEC, Chile 2011 CASEN de MIDEPLAN, República Dominicana 2011 ENFT del Banco Central de la Rep., Ecuador 2011 EESD del INEC, El Salvador 2010 EHPM de la DIGESTYC, Guatemala 2011 ECV del INE,

Ahora bien, el panorama descrito se transforma sustantivamente al diferenciar entre adolescentes y jóvenes varones y mujeres. En primer lugar, la importancia relativa del grupo que no estudia ni trabaja es mucho más significativo entre las mujeres que entre los varones, en la adolescencia, y especialmente en la juventud. En la adolescencia hay dos mujeres que no estudian ni trabajan por cada varón en esa situación, mientras que en la juventud esta relación trepa a cuatro mujeres por cada varón. De este modo, el 6% de varones adolescentes que no estudian ni trabajan contrasta con el 14% de mujeres adolescentes excluidas tanto del sistema educativo como del mercado laboral. Este grupo permanece estable entre los varones jóvenes, pero se duplica entre las mujeres de la misma edad. A la vez, es interesante subrayar que desde una perspectiva generacional el peso relativo de los desescolarizados económicamente inactivos tiende a la baja entre los varones a medida que pasan los años, mientras que en las mujeres este comportamiento tiende a acentuarse con la edad. Las implicancias de estos indicios son múltiples y sustantivas. En principio, están alertando sobre una diferencia cualitativa en el comportamiento de varones y mujeres, a la vez sugieren que este comportamiento entre los varones tiene un carácter más coyuntural mientras que entre las mujeres puede estar dando cuenta de la forma en que un modo de vida, se expresa en las estadísticas.

Sumado a esto, el análisis longitudinal indica que entre los adolescentes varones y mujeres, y entre los jóvenes varones la importancia del grupo que no estudia ni trabaja se mantuvo estable a lo largo de la década. No obstante, entre las mujeres jóvenes, se observa que el peso de este grupo se incremento en un 20%.

Honduras 2011 EPHPM del INE, México 2010 ENIGH del INEGI, Nicaragua 2009 EMNV del INEC, Panamá 2011 ECH del DEC, Paraguay 2011 EIDH de la DGGE, Perú 2009 ENH del INEI, Uruguay 2011 ECH del INE, Venezuela 2009 EHM del INE.

Gráfico 2: Adolescentes y jóvenes según escolarización, condición laboral y sexo, 2000 - 2010
América Latina, 18 países



FUENTE: SITEAL con base en Encuestas de Hogares de cada país

¿Qué sucedió en relación con la escolarización y la participación en el mercado laboral de varones y mujeres? Entre los adolescentes, aumentó la escolarización y bajó la tasa de actividad en igual proporción en varones y mujeres. De este modo, se

mantiene inalterada la tendencia que indica una mayor propensión de los varones a participar del mercado laboral respecto a las mujeres, y una mayor propensión de las mujeres a mantenerse escolarizadas respecto a los varones. Por el contrario entre los jóvenes el aumento de la escolarización fue similar para varones y mujeres, pero la retirada del mercado laboral entre las mujeres fue el doble que entre los varones. Por lo dicho se desprende que las mujeres que se retiraron del mercado laboral retornaron a sus hogares, y no a la escuela o a la universidad.

¿Es generalizable esta tendencia? ¿Se sostiene en toda la diversidad del grupo, independientemente del lugar de residencia de los varones y mujeres que lo conforman?

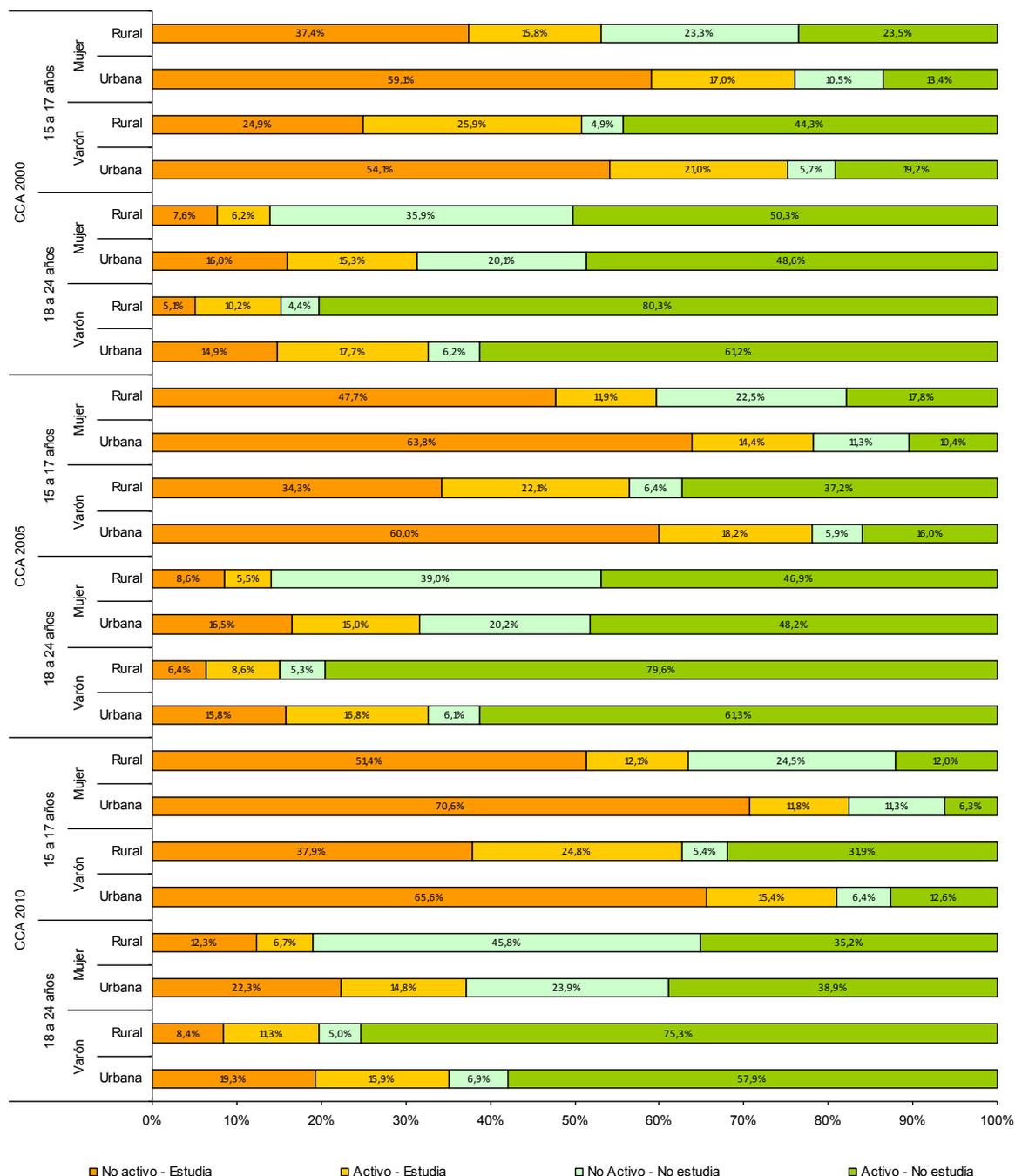
Comencemos por enfocar en los comportamientos de adolescentes y jóvenes diferenciándolos según el área en la que residan. De la primera aproximación surge claramente que la probabilidad de que un adolescente o joven no estudie ni trabaje es muy superior en las zonas rurales que las urbanas. En efecto, en las zonas rurales el 14% de los adolescentes no estudian ni trabajan en contraste con el 9% de las ciudades. Entre los jóvenes el 25% de quienes residen en zonas rurales no estudian ni trabajan, mientras que en las ciudades esta proporción desciende al 15%. No obstante, es interesante señalar que toda la variación en el peso de este indicador corresponde al que aportan las mujeres. Esto es, la proporción de adolescentes y jóvenes varones que residen en áreas rurales y que no estudian ni trabajan es muy similar e incluso inferior que la de sus pares urbanos, en tanto entre las mujeres rurales el peso del grupo que no estudia ni trabaja prácticamente duplica al conformado en las ciudades.

Sumado a esto, del análisis longitudinal del indicador se desprende que tanto en las ciudades como en las áreas rurales la presencia de los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan entre los varones se mantuvo estable durante la década, mientras que entre las mujeres jóvenes el aumento del peso relativo del grupo fue el doble en las áreas rurales respecto a las urbanas.

La propensión a participar en el mercado laboral en desmedro de la escolarización es un comportamiento mucho más frecuente entre los adolescentes y jóvenes que residen en las áreas rurales que en las urbanas. Sin embargo, la expansión de la escolarización en las zonas rurales fue mucho más intensa que en las ciudades, lo cual contribuyó a reducir notablemente la brecha geográfica.

La reducción de las tasas de actividad fue generalizada. Entre los adolescentes fue mucho más intensa entre aquellos que residen en áreas rurales. Asimismo, la variación en las tasas de actividad de las mujeres rurales profundiza la tendencia ya mencionada: hubo una retirada del mercado laboral que no se tradujo en un aumento proporcional en la escolarización sino que mayormente contribuyó a engrosar el subgrupo de quienes no estudian ni trabajan.

Gráfico 3: Adolescentes y jóvenes según escolarización, condición laboral, sexo y área geográfica de residencia 2000 - 2010 América Latina, 18 países

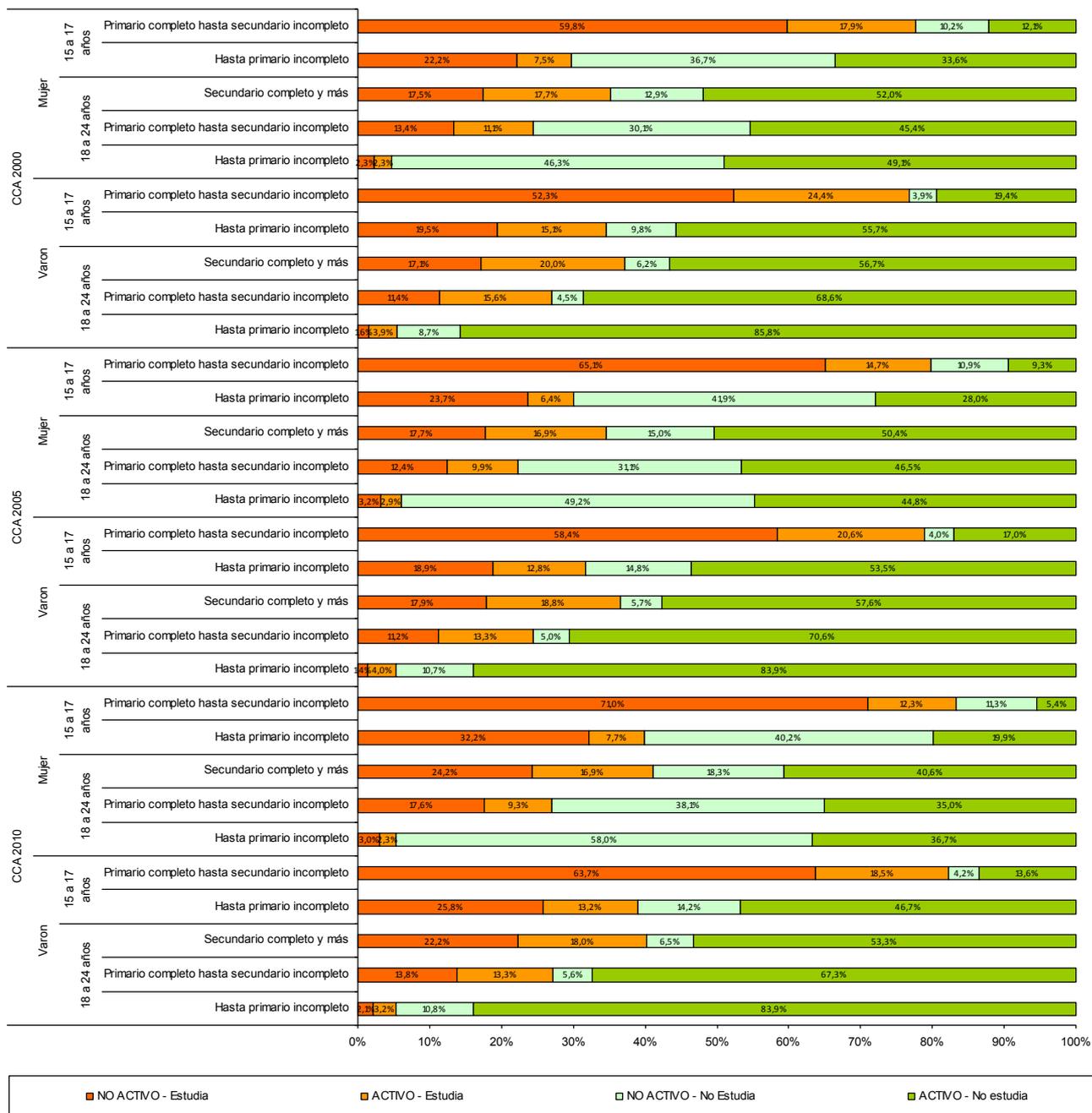


FUENTE: SITEAL con base en Encuestas de Hogares de cada país

Al enfocarse en el nivel de instrucción de los adolescentes y jóvenes se refuerza la hipótesis sobre la vulnerabilidad social del grupo que no estudia ni trabaja. En un contexto de reducción del grupo de adolescentes que no culminaron el nivel primario, se observa una intensificación entre ellos del peso de quienes no estudian ni trabajan. Esto es, la cantidad de adolescentes con primaria incompleta se redujo durante la década como consecuencia de la expansión de la escolarización, no obstante, entre quienes aún no logran culminar el primario la tendencia a ser desescolarizados y económicamente inactivos, se profundiza, tanto en varones como en las mujeres. Sin embargo entre los varones las tasas de actividad se mantuvieron estables durante el período observado, en tanto entre las mujeres, disminuyó notablemente. De este modo, se comienza a vislumbrar la conformación de un “núcleo duro” entre los adolescentes que en relación con las mujeres, nuevamente implica una retirada del mercado laboral.

Entre los jóvenes, la tendencia es aún más clara. Hay una disminución de la tasa de actividad que corresponde con mucha más fuerza al aporte realizado por las mujeres. No obstante, en este contexto se observa una tendencia opuesta al diferenciar por género. La reducción de la tasa de actividad entre los varones se produjo entre quienes tienen mayor nivel de instrucción mientras que entre los varones jóvenes con bajo nivel de instrucción se mantuvo estable. A la inversa, entre las mujeres, la reducción de la tasa de actividad entre aquellas que tienen menor nivel de instrucción es mucho más marcada que entre las que cuentan con más nivel de instrucción. El panorama se completa al observar el aumento del peso de la desescolarización e inactividad económica se dio entre todas las mujeres, incluso entre aquellas con más capital educativo.

Gráfico 4: Adolescentes y jóvenes según escolarización, condición laboral, sexo y máximo nivel de instrucción alcanzado 2000 - 2010 América Latina, 18 países



FUENTE: SITEAL con base en Encuestas de Hogares de cada país

En síntesis, del ejercicio realizado a partir del análisis de la información cuantitativa se obtuvieron algunos indicios clave a través de los cuales dar cuenta de una configuración particular del grupo de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan. La condición de doble exclusión se vincula fuertemente con situaciones de vulnerabilidad social (grupos sociales con menor nivel de instrucción, grupos residentes en áreas rurales) a la vez que la vinculación exclusión social y condición “no estudia ni trabaja”, se acentuó a lo largo de la década. Esto es, desde su dimensión absoluta el grupo de adolescentes y jóvenes que no estudia ni trabaja, aumentó. Pero este aumento no es la consecuencia de una profundización de esta conducta entre adolescentes y jóvenes, sino tan solo la resultante de una población aún en expansión y un comportamiento asociado a la exclusión que no logra revertirse. De hecho, la información arroja evidencias alentadoras al indicar que tanto adolescentes como jóvenes permanecen más tiempo escolarizados y muy probablemente como consecuencia de esta presión hacia la escolarización, se observa simultáneamente el retraso en la edad de ingreso al mercado laboral.

Dicho en pocas palabras: los adolescentes y jóvenes al finalizar la década, cuentan con más años de escolaridad aprobados e ingresan al mercado laboral más tardíamente. No obstante, la condición “no estudia ni trabaja” es hoy más probable entre quienes sufrieron las consecuencias de la exclusión. Entre quienes abandonaron la escuela –antes y después de culminar el nivel primario- la probabilidad de además no trabajar, aumentó. Es posible que esta situación esté expresando que las oportunidades de participar en el mercado laboral para quienes cuentan con bajo y muy bajo nivel de instrucción son actualmente menores a las de hace una década. Muy probablemente porque la escolarización se expandió, pero el mercado laboral continúa siendo estrecho y selectivo.

Asimismo, la intensa vinculación que se observa entre género y condición de inactividad educativa y laboral, introduce una complejidad que da un nuevo sentido a la relación entre adolescencia, juventud, vulnerabilidad, extracción social y género. Las mujeres que lograron culminar sus estudios medios y aquellas que cursaron o cursan estudios superiores, tienden a permanecer escolarizadas por más tiempo, a retrasar su maternidad y la conformación de un nuevo hogar, a defender y sostener su participación en el mercado laboral, a congeniar mejor la maternidad con desarrollo laboral y/o profesional. Este comportamiento diferencial es tan intenso que en los estratos sociales más altos, desde la perspectiva de la escolarización y participación en el mercado laboral, las diferencias según la condición de género no es tan marcada. Los proyectos de vida, aunque más no sea en estas dimensiones estructurales, tienden a equipararse. La condición de género no es un rasgo que anticipe diferencias sustantivas en los ejes en torno a los cuales varones y mujeres estructuran y estructurarán sus vidas. Algo muy diferente sucede entre los adolescentes y jóvenes de los sectores sociales más desfavorecidos. Es muy posible que cuando las desventajas sociales de origen se acumulan y no logran revertirse a través de, por ejemplo, el acceso a la educación, la condición de género delimita espacios de juego radicalmente diferentes. Los varones tarde o temprano ingresan al mercado laboral, aún expuestos a condiciones laborales de explotación, baja

remuneración, incluso insuficiente para revertir la exclusión, mientras que las mujeres tienden a interrumpir sus trayectorias escolares, permanecer en sus hogares de origen, conformar un nuevo hogar e incluso, a retirarse del mercado laboral luego de pasado un tiempo.

Los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan desde la prensa latinoamericana

*“Los ojos ciegos bien abiertos”
Jiji, Patricio Rey y los Redonditos de Ricota*

Al realizar la primera aproximación a la lectura global de los artículos periodísticos en donde se menciona al grupo de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan llama la atención en primer lugar la dificultad para precisar el rango de edad considerado “adolescencia” y “juventud”. El corpus de notas fragmentan en 14 subgrupos al tramo etareo de 12 a 34 años. A la vez, la especificidad de la adolescencia suele estar diluida, tanto al considerar la amplitud del rango de edad, como en la recurrencia a utilizar el concepto “juventud” para clasificar a la totalidad del grupo etareo.

Al considerar las normativas, las políticas educativas y laborales de cada país queda en evidencia que las implicancias de no estudiar y no trabajar difieren en la adolescencia y en la juventud. Los tramos de edad en que está establecida la obligatoriedad del nivel medio y los esfuerzos para erradicar el trabajo infantil y adolescente como una de las interferencias principales a las trayectorias escolares exitosas, bastan para comprender que en la adolescencia la situación deseable es que todos los adolescentes estudien y no trabajen. Por el contrario, una vez finalizado el nivel medio, la prioridad es que todos los jóvenes logren insertarse en el mercado laboral satisfactoriamente y en condiciones laborales y salariales que garanticen sus derechos fundamentales. En este contexto, la indiferenciación de las dos etapas del ciclo vital contemplados en este grupo de edad (adolescencia y juventud) es un indicio del modo en que se inicia el proceso de disolución de la heterogeneidad del grupo, incluso antes de comenzado el análisis de sus prácticas.

Para el dimensionamiento del grupo de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan se utilizan tanto valores absolutos como porcentualizaciones. En un artículo publicado en Venezuela se señala que *“el 25% de los jóvenes del mundo, 300 millones, están actualmente fuera del sistema educativo, y del mercado de trabajo. Los economistas ortodoxos los llaman “los ni, ni”. No estudian ni trabajan” (El Universal 2013, Venezuela)*. Al porcentualizar, el dimensionamiento del grupo se estabiliza alrededor del 20% de la “juventud”. El punto máximo está dado en República Dominicana (34%) Honduras (32%) y Guatemala (28%), el mínimo en la Ciudad de Buenos Aires en Argentina (5,4%) y en Chile (9,2% de los varones). De todos modos, tanto en Argentina como en Chile, también se presentan valores cercanos al 20% cuando se alude al peso del grupo para el total del país sin utilizar desagregaciones (ciudad y sexo). La referencia a la región latinoamericana se establece en alrededor del 20% de la juventud (La Nación 2013, Argentina), la cual representa a entre 20 y 22 millones de personas.

Las fuentes utilizadas para dimensionar y caracterizar a los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan son informes elaborados por organismos internacionales (CEPAL, OEI, OIT, OECD, entre otros) nacionales –universidades, centros de estudios vinculados con la iglesia y laicos, reportes ministeriales-. En su mayoría estos informes fueron elaborados con base en las estadísticas producidas por los Institutos de Estadísticas de cada país. Eventualmente se mencionan a las Encuestas de Juventud como fuente primaria. No hay investigaciones propias, más allá de entrevistas (no es posible saber si se trata de entrevistas reales o ficcionadas) realizadas a adolescentes y jóvenes a los que se interroga buscando ilustrar el mensaje central de la nota, a diversos profesionales y expertos internacionales –psicólogos, sociólogos, entre otros- a través de los cuales se intenta “explicar” la existencia e implicancias de este grupo social, a representantes de gobierno y otras organizaciones sociales como organizaciones de padres, Iglesia, servicios de seguridad pública e incluso representantes de las fuerzas militares a los cuales se sitúan en su mayoría como interlocutores del mundo adulto entre los que se intenta asignar y distribuir responsabilidades ante la urgencia por dar solución a este “problema social”. Por su parte, hay notas –básicamente de opinión- que toman como punto de partida la información presentada en otras notas, incluso publicadas originalmente en otros países de la región y algunas de ellas en España.

Ahora bien ¿Quiénes son los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan? ¿Por qué se encuentran en esta situación? ¿Cómo son sus vidas? ¿Qué hacen? ¿Dónde están? ¿Qué sienten?

Dado que por lo general los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan son percibidos como un colectivo –“legión de inservibles” (El País 2011, Uruguay), “cuadrilla de zánganos en prime time” (El Diario 2010, Bolivia) “masas de desempleados prematuros y estudiantes exiliados” (El Universal 2011, México) “generación Ni-Ni” (Portafolio 2013, Colombia; O Globo 2013, Brasil y otras)- el foco de las notas está puesto en dar cuenta de su existencia pero no abundan caracterizaciones sociodemográficas más allá de la referencia literal a las estadísticas. Respecto a la condición de género, raramente mencionada, se subraya que “(...) del total de estos jóvenes que no estudian ni trabajan, 78% son mujeres jóvenes (...)” (Proceso 2011, México) “(...) la mayor parte, el 80%, son mujeres y sobre todo de áreas rurales (La Hora 2012, Guatemala)”. Lo mismo ocurre con el ámbito de residencia “de acuerdo con el Informe Estado de la Región, en Centroamérica hay 2.2 millones de jóvenes de entre 12 y 24 años considerados ninis. La mayor parte, el 80 por ciento, son mujeres y sobre todo de áreas rurales” (La Hora 2012, Guatemala).

En relación con su origen social, los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan viven por lo general –según las notas- en contextos de alta vulnerabilidad social “(...) la inmensa mayoría no pudieron llegar a completar los estudios secundarios por pobreza, trabajo infantil, imposibilidad de costearse, buscar pequeños trabajos para sobrevivir”. Su condición, además, perpetúa el círculo de la pobreza “(...) al no tener secundaria, serán rechazados una y otra vez (...)” (El

Universal 2013, Venezuela). Sin embargo, no siempre la pobreza es percibida como el origen de la inactividad “(...) *No todos los ninis son resultado de la exclusión social, también los hay por decisión propia, por comodidad (...)*” (El Universal 2011, México). Al respecto, resulta interesante mencionar el punto de quiebre que establece la condición de no estudiar ni trabajar cuando aparece asociado a los sectores sociales más altos. El aspecto más destacable es como la negatividad de la inactividad, si no desaparece, al menos pierde su intensidad “(...) *en aquellos casos que se sitúan en los niveles más altos de la escala social, el no trabajar ni estudiar puede ser resultado de una opción, en su sentido más genuino. Allí no hay falta de expectativas o falta de proyectos de vida sino que estos jóvenes se organizan en términos de una lógica hedonista (...)*” (El Mercurio 2010, Chile).

Estos adolescentes y jóvenes cuando están en el espacio público se encuentran “*vagando por calles, avenidas y centros comerciales, sentados por horas en jardines, parques y plazas públicas (...)* los jóvenes que ni estudian ni trabajan, ninis, son muchos y están por todos lados, masas de desempleados prematuros y estudiantes exiliados que apilan sueños” (El Universal 2011, México), en el espacio privado “*ocupa[n] su tiempo libre en los videojuegos, ver televisión, tomar licor con sus amigos, navegar en internet y chatear en las redes sociales (La Hora 2012, Guatemala)*”. Si se trata de mujeres, prácticamente todas se encuentran en el ámbito privado “*otro conjunto de población que requiere especial atención es el de las mujeres jóvenes que no estudian ni trabajan, pero desarrollan responsabilidades a nivel de la crianza y el sostenimiento de sus hogares (El País 2012, Uruguay)*”. Es para destacar que en los pocos casos en que se hace referencia a las tareas de cuidado esta actividad es utilizada como argumento para deslegitimar la dimensión otorgada al grupo. Su visibilización se da mayormente en la réplica que traen aparejadas algunas notas, por parte de funcionarios públicos que buscan desestimar la gravedad del problema “(...) *Seis días después, el pasado 18, las secretarías de Gobernación y Educación Pública emitieron un comunicado conjunto en el que puntualizaron que con frecuencia el volumen de la población nini se sobreestima debido a una conceptualización parcial del fenómeno, ya que algunas estadísticas en torno a esta población incluyen en ellas a jóvenes que se dedican al trabajo doméstico, entre las que la proporción de mujeres jóvenes unidas es predominante. Por eso, incluir a este subgrupo de la población joven entre los ninis parece inapropiado, ya que el trabajo relativo a la reproducción no es una labor menor (...)* Dijo que no se consideró en la encuesta que 80 por ciento de las personas que respondieron son mujeres, amas de casa, que realizan una labor en su hogar, por lo que sería un gravísimo error llamarlas improductivas (...) *acepta que “quizá” podrían ser 200 mil sin empleo, que hay “muchas” madres adolescentes dedicadas a su hogar o chicos que están en el “subempleo”, quienes de acuerdo con la funcionaria, no podrían encajar en la desastrosa categoría nini (...)* (Milenio 2010 y otras, México)”.

Por lo general, si bien son “muchos” se trata de individuos aislados, sin lugar de pertenencia claro o capacidad de organizarse alrededor de un objetivo en común. Aunque hay excepciones “*no se trata de grupitos formados de modo casual, sino de bandas con cierta capacidad planificadora para descargar una furia que va*

transformándose en algo sistemático” menciona un periodista uruguayo (El País 2011, Uruguay). “[Los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan] se organizan en bandas, lo que les da cohesión y, a su vez, ayuda a estigmatizarlos más. No ven ninguna relación real entre trabajo-esfuerzo y mejora de la calidad de vida. No la ven porque efectivamente no es así: acceden a trabajos precarios, son utilizados y tienen muy claro que el que vende droga o está vinculado con la política es el que realmente mejora en el barrio” (Página 12 2013, Argentina).

Sin embargo, la “furia” no es una característica frecuente para caracterizar el estado emocional de estos adolescentes y jóvenes. Por lo general, en los artículos periodísticos los autores enfatizan en que este grupo no parece estar preocupado por su situación, aunque en verdad el conformismo esconde otras emociones *“viven el día a día con distensión y manifiestan una alta conformidad con sus vidas, no se piense que lo anterior implica que son felices o algo semejante, simplemente su apatía y falta de densidad existencial los torna vegetativos al punto que el ocio extremo y el satisfacer sus necesidades fisiológicas colma su pequeño horizonte (...) (La Nación 2011, Costa Rica) ”*. El estado emocional es causa y consecuencia de su situación y deja en evidencia las dificultades que encuentran para proyectarse a futuro *“(...) sin saber en quién y en qué creer, o para qué esforzarse, una sensación de sinsentido acompaña a estos adolescentes. Ahora, en esta transición, al perderse ciertas seguridades y garantías, se está perdiendo también el sentido, el para qué hago lo que hago si, en definitiva, nada permanece (...)”* porque los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan *“(...) no están cómodos, sino frustrados, aunque traten de engañarse (...)”*. Alejandro Schujman, autor del libro “Generación Ni Ni”, citado en numerosas oportunidades por los autores de los artículos periodísticos, indica que *“sin proyecto de trabajo vocacional ni perspectivas de crecimiento personal, temerosos, indecisos, paralizados en su proceso de crecimiento, sin capacidad de tomar decisiones, instalados en el confort familiar, lo que define la condición de Ni-Ni, valga la paradoja, es la indefinición” (Porfolio 2012, Colombia).*

En síntesis, hay adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan en las ciudades y en las áreas rurales de todos los países latinoamericanos, hay varones y mujeres, se los encuentra en las calles y en sus casas, son pobres y no tan pobres, incluso los hay ricos y consumistas. Por lo general no forman parte de un colectivo organizado, pero también hay excepciones. Una característica recurrente, aunque también es cuestionada por algunas notas, es el sinsentido de sus vidas y su pasividad. Lo único verdaderamente claro es que quienes escriben las notas consideran que los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan “son muchos”, están por todas partes y fundamentalmente constituyen un indicio de que algo en la sociedad no está funcionando bien *“[los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan] Son un drama social que afecta al planeta” (Bohemia 2012, Cuba).*

¿Qué es lo que “no funciona en la sociedad”? ¿Qué es lo que hace que tantos adolescentes y jóvenes latinoamericanos no estudien ni trabajen? Nuevamente, la lectura del corpus de artículos periodísticos permite entrever una multiplicidad de factores –por momentos contradictorios- implicados en esta situación.

La referencia más frecuente –vinculado indudablemente a la definición formal de la categoría– es al debilitamiento del lazo entre estudio y trabajo. Las notas indican que la transformación social, económica y cultural de las sociedades latinoamericanas trajo aparejada el cuestionamiento de una de las promesas centrales sobre las cuales descansa la posibilidad de estructurar un proyecto de vida. Los adolescentes y jóvenes están presionados hacia la construcción de un proyecto de vida en un contexto de creciente incertidumbre y reducción de las oportunidades de integración. Existe la percepción generalizada de que en América Latina el acceso a la educación actual no garantiza en modo alguno una buena inserción laboral futura. De este modo, no solo se reducen las oportunidades efectivas de los adolescentes y jóvenes para alcanzar una buena inserción en el mercado de trabajo, sino que esta incertidumbre compromete también la posibilidad de estructurar el presente, aspecto estrechamente vinculado con la retirada simultánea del sistema educativo y el mercado laboral. Para los autores de algunas notas este aspecto, incluso, diferencia a los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan de sus pares europeos *“¿Es sólo aquí? No, definitivamente no. Ni la pérdida de fe en la educación ni el desgano como marca de agua de los más jóvenes son realidades locales. Pero lo que en Europa es gesto nihilista, en el caso de los «ni-ni» latinoamericanos (cuya cifra ronda el 20% en toda la región) parece responder a una dolorosa certeza: la de que la escuela no mejorará sus vidas”* (La Nación 2013, Argentina).

Por ello, la demanda de políticas orientadas a la recomposición del vínculo entre los adolescentes y jóvenes con el sistema educativo es mencionada en gran parte de los artículos como una de las formas de reducir la presencia de los adolescentes y jóvenes inactivos. En la “educación” como valor, como estrategia de desarrollo, como un servicio público que debe brindar el Estado por su condición de garante de derechos, se depositan expectativas –por momentos idealizadas– de cambio, de restitución de derechos, de transformación y de cohesión social. Un periodista salvadoreño enfatiza en que *“la mayoría de ciudadanos medianamente informados, creo que estamos convencidos o al menos creemos que la educación es la solución de muchos, si no de todos los problemas que atraviesa El Salvador (...)”* (El Mundo 2013, El Salvador).

¿Educación para qué? Como base del desarrollo *“[porque] el desarrollo del país no es cuestión de solo buena voluntad (...) el desarrollo depende de visiones y de grandes visiones, pero éstas son imposibles de conseguir sin la educación necesaria, una educación con conocimientos y ciencia actualizados [y una] espiritualidad y madurez emocional”* (El Mundo 2013, El Salvador). Vinculado con el desarrollo, la educación es percibida también como un recurso imprescindible para el aprovechamiento de una oportunidad demográfica *“(...) para el año 2015 y como mínimo hasta el año 2040, Honduras tendrá la mayor cantidad de gente joven en edad de trabajar de su historia. La mayor parte de estos hondureños se encuentra hoy en día en su etapa formativa. Esto hace que la educación que actualmente recibe la juventud hondureña deba tener una importancia imperativa para el bienestar económico y social del país en las próximas décadas [...] aumentar el nivel educativo y productivo de la fuerza laboral de 2015-2040 es crítica para aprovechar el bono demográfico. La fuerza laboral debe estar preparada [...] el*

sector privado debe tener los recursos humanos necesarios y programas de capacitación para aumentar la productividad y competitividad” (El Heraldó 2012, Honduras). En la misma línea un periodista brasileiro indica que “(...) É importante também falar sobre a geração "nem nem", formada por jovens que nem trabalham nem estudam. O dado é preocupante: 20% dos jovens brasileiros entre 18 e 24 anos estão nessa situação (...) O momento em que um país tem a maior chance é esse: quando há muitos jovens entrando no mercado de trabalho e a maior parte da população está na idade produtiva. O Brasil está passando por esse momento agora. Se não prepararmos os jovens para o mercado de trabalho, podemos perder a chance de dar um salto. A Coreia do Sul avançou exatamente nesse momento” (O Globo 2013, Brasil).

A la vez, la educación es percibida como una solución que les permite “a las futuras generaciones romper con los pesados eslabones de la cadena de violencia, vicios, ruptura familiar, divorcios y migración” (El Mundo 2013, El Salvador).

Sin embargo, las posibilidades de recibir educación se ven seriamente limitadas por varios motivos, entre los cuales se destaca la falta de inversión en el sistema educativo. Al respecto un periodista indica que “México es uno de los países con mayor número de ninis en la región OCDE, es también el país que menos invierte en sus estudiantes. Estos dos fenómenos están vinculados con la economía mexicana y con el proceder irresponsable de la clase política mexicana que no ha tenido la voluntad política para aprobar las reformas necesarias tanto en materia fiscal, para recaudar más, como en materia educativa, para invertir más y mejor (...) La realidad es que si no se mejoran las condiciones en las que opera el sistema educativo, de nada serviría que todas las escuelas del país se convirtieran en internados, pues los problemas de falta de bibliotecas, canchas deportivas, laboratorios y buenos maestros, continuarán lisiándonos” (Crónica 2011, México). El Estado no está cumpliendo con el compromiso asumido “[los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan] ponen en evidencia no sólo el incumplimiento del Estado a un mandato constitucional, que es dar acceso a educación pública, laica y de calidad. En el fondo, la discusión es si la enseñanza aún es un derecho humano o un negocio, y es claro cuál ha sido la respuesta de los gobiernos” (La Jornada 2011, México). Aún así, aunque el Estado garantice el derecho a la educación, este es cuestionado cuando no se traduce en mayor productividad para el país “se invierten recursos en educar a jóvenes que, además de no tener esperanzas ciertas de conseguir empleo, probablemente ni siquiera se gradúen: un desperdicio, pues” (Crónica 2011, México).

La inadecuación del sistema educativo a los contextos locales y a las particularidades de los jóvenes es otro de los problemas a los que debe dar respuesta el sistema educativo “el problema [de los adolescentes que no estudian ni trabajan] también tiene que ver con el tema de diversificar las carreras disponibles para los jóvenes, de una manera más adaptada a la realidad local, pues muchos jóvenes prefieren no seguir estudiando porque las carreras disponibles definitivamente no les están permitiendo acceder a algún tipo de empleo o no llaman su atención” (La Hora

2012, Guatemala).

Por último, en uno de los pocos momentos en que se menciona a las mujeres dedicadas a las tareas de cuidado, la educación también es interpelada en tanto “[el] mayor número de mujeres jóvenes que no estudian ni trabajan, (...) puede ser resultado del fracaso de la educación básica en inculcar a los niños el valor que tienen como personas, pues los proyectos de construir familia y vivir la maternidad no se contraponen ni deben limitar el derecho a acceder a la educación media superior y superior (...) (La Jornada 2011, México)”

En síntesis, la educación es por lo general percibida como una instancia a través de la cual recomponer los lazos sociales y elevar el nivel de productividad del país. Los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan son conceptualizados en este tipo de discurso como un grupo social que evidencia la dificultad de los sistemas educativos por retenerlos y lograr que estos participen y produzcan para la sociedad de la cual forman parte.

La ruptura del vínculo entre estudio y trabajo es indicio de una crisis social mayor en el que están implicadas el resto de las instituciones sociales en las que tradicionalmente descansó el cuidado y formación de los adolescentes y jóvenes. En varias oportunidades los autores de los artículos consideran que el origen de la inactividad de los adolescentes y jóvenes radica en la incapacidad de los padres para inculcar en sus hijos responsabilidades básicas, y su complicidad con la situación que esto desencadena “(...) la familia contribuye con esta condición. La madre ofrece el amor y el cuidado, satisface de forma inmediata las necesidades de sus hijos desde pequeños, sin darles oportunidad de asimilar que no siempre es posible obtener todo lo que desean. Esto provoca que los jóvenes se sientan demasiado cómodos y que, por ende, no sepan cómo tolerar la frustración que conlleva el acto de convertirse en adultos (...) Ya yo había dicho, que estamos criando vagos. Padre, quizás estés a tiempo de evitar ese parasitismo que se está incubando en este muchacho que ya con quince años nunca ha dado un golpe y se levanta a las 12. No le cojas pena y sacúdelo (...) (El Nacional 2010, República Dominicana). En la misma línea, un periodista mexicano menciona que (...) si bien las condiciones económicas y sociales del país los limitan, el problema de origen radica en la sobreprotección familiar. Las causas psicológicas por las cuales este tipo de jóvenes adolescentes tardíos no estudian, ni trabajan, es porque han sido muchachos sobreprotegidos. No importa si la protección viene de una familia integrada o de una familia dividida, le crean al hijo un sentimiento de incapacidad de minusvalía que cuando quiere ir a trabajar siente que no puede, cuando quiere ir a estudiar no le dan ganas, es un muchacho medio abúlico con falta de voluntad (...) Y por tanto, los "ninis" sufren de depresión permanente que tiene que ser atendida por médicos especialistas, para superar su situación (...)” (Exelcior 2012, México).

A la vez, la crisis social generalizada instala un clima cultural (en el que incluso las TIC se llevan su parte) de la que se nutren este tipo de conductas “además de que los gobiernos aseguren una mayor inversión a la educación y las universidades públicas definan políticas de empleo accesible para la población con menor

experiencia, es necesario pensar en una recomposición de la idea de comunidad para restituir el tejido social (...) la reclusión en cotos y en las nuevas tecnologías es parte fundamental de este distanciamiento, entonces tendríamos que reconstituir el tejido comunitario y recuperar el sentido de identidad que el barrio, la escuela y la comunidad generaba (...) tenemos que refundar las instituciones públicas desde las universidades hasta el gobierno y la familia desde los valores de respeto, solidaridad, confianza y la responsabilidad para generar la certeza de que solo caminando juntos se pueden recuperar los espacios públicos” (Crónica 2012, México) porque la presencia de los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan están indicando “(...) un esquema social fracturado, sin valores, basado en la ley del mínimo esfuerzo y alentado por la imperante cultura del ocio (...) (El Universal 2011, México)”.

En contraste con ambas afirmaciones están aquellos que sostienen que la inactividad de los adolescentes y jóvenes es el resultado del exceso de oportunidades “(...) fueron beneficiados y nacieron con increíbles adelantos tecnológicos y con un desarrollo de los medios de comunicación como no existió épocas atrás. No encuentran modelos a los cuales seguir ni desafíos para alcanzar (...) Los jóvenes actuales han recibido muchas cosas y con gran facilidad, han vivido en entornos protegidos hasta los treinta años y han mantenido una separación muy clara entre el ámbito del estudio y el del trabajo. Se lo ha permitido la sociedad y lo han alentado los gobiernos, pensado que no tenían que pasar las penalidades de sus padres y abuelos (...)” (La Patria 2010, Bolivia).

En pocas palabras, del análisis de los artículos que enfocan en la presencia de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan se desprende que este grupo es expresión de una crisis social, económica y cultural por la cual el sistema educativo y la familia perdieron su capacidad para contener, formar y disciplinar a los adolescentes y jóvenes. Este déficit inicial se hace más visible y se profundiza durante la búsqueda del primer empleo, en donde quedan en evidencia las dificultades que encuentran los adolescentes y jóvenes para insertarse dentro de un mercado laboral fragmentado, cada vez más competitivo y excluyente.

La dimensión temporal que deja entrever este análisis es central para comprender las características e implicancias de este problema social. En primer lugar, el acceso a la educación -y a una educación de calidad- en la niñez y la adolescencia es la condición de posibilidad para participar satisfactoriamente del mercado laboral durante la juventud. “No estudiar ni trabajar” es también “no estudiar entonces no trabajar”. A la vez, la dimensión actual del grupo de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan pareciera ser relativamente nueva. De las afirmaciones de los periodistas se deduce que existió un tiempo (cuando el sistema educativo, las familias y el mercado laboral respondían adecuadamente a su rol integrador) en que este grupo fue más reducido o incluso, quizás, no existió. Un periodista argentino se pregunta “¿Quiénes son? ¿Por qué están ahí? El proceso, coinciden los especialistas, podría resumirse en décadas de industrias (y familias) desmanteladas. Ya hace 20 años estaban ahí, sólo que pocos querían verlos y además no eran tantos” (La Nación 2013, Argentina). Su

irrupción obedece a la crisis actual que atraviesan las sociedades latinoamericanas. ¿Cuál es el pasado al que remite la presencia actual de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan? Un artículo publicado en la versión digital de un periódico argentino indica que “(...) *mientras duró el Estado de Bienestar, la escuela estaba articulada a un entramado social más amplio, que suponía que una vez terminado el proceso de aprendizaje los jóvenes accederían a algún trabajo digno. Inclusive para quienes quedaban excluidos de las instituciones educativas, existían mecanismos paralelos de integración social. Esta situación permitía pensar en diferir la satisfacción, en pos de un sacrificio que reeditaría en algún futuro cercano. Esto no es lo que sucede con muchos jóvenes en este momento para quienes no hay futuro (...)*” (La Nación 2010, Argentina).

Ciertamente el “futuro” es uno de los puntos sensibles de esta categoría. Según las notas, los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan están condenados (o se condenan) a vivir un presente detenido, sin posibilidades de proyectarse a futuro, lo cual es otra forma de expresar que el futuro de los individuos se construye en la relación que estos establezcan con el sistema educativo y el mercado laboral. Sumado a esto, al percibir que es un problema en ascenso y que afecta a gran cantidad de personas, la ruptura o debilitamiento del eslabón “estudio – trabajo” no sólo compromete la situación de los adolescentes y jóvenes, sino la del conjunto de la sociedad latinoamericana “*un estudio hecho por el Ministerio de Desarrollo Social (MIDES), en el año 2008, con el apoyo de las Naciones Unidas, sostiene que un importante segmento de la población está excluido y puede convertirse en un riesgo para la sociedad, al no estar dentro del sistema educativo o laboral*” (Panamá América 2010, Panamá). Dicho esto se plantean algunas preguntas obligadas ¿en qué sentido la presencia de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan ponen en riesgo a la sociedad? ¿En qué sentido están en riesgo ellos mismos?

Al enfocar en las consecuencias futuras de la doble inactividad para los propios adolescentes y jóvenes, la referencias se concentran en la depresión, las adicciones, e incluso el suicidio “*en Guerrero, 20% de 1.2 millones de jóvenes que hay en el estado consumen o son adictos a algún tipo de droga, como parte de los nuevos riesgos que enfrenta ese sector de la población por falta de oportunidades para estudiar y de empleo, reveló la secretaria de la Juventud*” (El Universal 2011, México) “*La baja autoestima que esta situación genera, además de la exclusión social, fácilmente los lleva a (...) volverse adictos a las drogas, convertirse en seres antisociales y resentidos*” (Crónica 2011, México). Por su parte, otro periodista indica que “*el auténtico ‘nini’ es un chico que se la pasa en la ociosidad, pasa el tiempo en su cuarto jugando videojuegos, sale un rato con sus amigos a charlar, va a un antro y de alguna manera no hace nada. Estos jóvenes tienen un cuadro de depresión y pueden llegar a ser sociópatas, delincuentes o llegar al suicidio*” (El Informador 2011, México) por este motivo “*el compás de espera de los ninis puede durar años y arrastrarlos en casos extremos al alcoholismo, la drogadicción, el suicidio o la cárcel*” (El Universal 2011, México), incluso, sostienen algunos, la doble inactividad se vincula con prácticamente todos los males sociales “*el alcoholismo, la drogadicción, los embarazos no deseados, la violencia intrafamiliar, las depresiones*

y los trastornos emocionales, además de desórdenes alimenticios, soledad y suicidios” (El Universal 2013, México).

Parte de la prensa latinoamericana sostiene que la situación en la que se encuentra este grupo de adolescentes y jóvenes pone en riesgo el desarrollo del cuerpo social de diversas maneras. En primer lugar, tal como ya fue sugerido, la presencia de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan comprometen la capacidad productiva del país *“unos 84.000 jóvenes de entre 15 y 29 años forman parte de la “Generación Ni-Ni”: ni estudian, ni trabajan. El ministro de Trabajo (...) advirtió que se debe atender estratégicamente su capacitación y educación para evitar problemas serios de recursos humanos en el país” (El País 2010, Uruguay).* Su aparición afectaría incluso los indicadores macroeconómicos *“el Consejo Coordinador Empresarial sostuvo que si los 7 millones de jóvenes considerados en México como ninis, ya que ni estudian ni trabajan, tuvieran un empleo formal podrían producir 2 billones de pesos anuales, equivalentes a un crecimiento de 16 por ciento del Producto Interno Bruto (PIB) (...) con esta situación, todos perdemos: los millones de trabajadores con empleos precarios; las empresas que enfrentan competencia desleal y las Pymes que necesitan formalizarse para facultar su potencial de desarrollo; el Estado, que deja de percibir cuotas de seguridad social e impuestos; y los desempleados, que siguen esperando inversiones que generen puestos de trabajo” (Vanguardia 2012, México)*

La dependencia es un rasgo de identidad de este grupo de adolescentes y jóvenes *“(…) tenemos que entender que también son personas muy dependientes y sino en los padres siempre buscan en quien depender” (Excelcior 2012, México).* La dependencia, particularmente la dependencia económica recae sobre las familias y sobre el Estado *“muchos jóvenes piden que los padres paguen su manutención, alojamiento y ocio, y que papá Estado se haga cargo de la educación: así se infantilizan al no asumir sus responsabilidades” (La Patria 2012, Bolivia).*

No obstante, la preocupación central radica en el riesgo de desintegración de la sociedad, incremento del crimen organizado, violencia e inseguridad que trae aparejada la presencia de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan *“(…) La generación Ni-Ni es rápida y curiosa. Urge motivarlos a un ideal o a una aspiración. De lo contrario, se corre el peligro de que sean atraídos por quienes los usarían y desecharían como a un monigote. Así, casi sin querer, el joven que fue un ni-ni puede terminar convertido en un zeta (...) (La Nación 2011, Costa Rica).* El autor de otra nota indica que *“(…) en sólo dos años la generación de los jóvenes ninis [se] incrementó de 9 a casi 11 millones en el país, lo que corrobora el dato de los eclesiásticos de que el narcotráfico es el principal empleador de los jóvenes [además] cada vez es mayor el número de adolescentes que se suman también a las actividades ilícitas como la venta de piratería (...) (Milenio 2010, México).* Constituyen un grupo vulnerable a la manipulación de otros *“los grupos juveniles están expuestos o pueden ser usados con facilidad como asesinos a sueldo o sicarios al servicio de bandas del crimen organizado o muleros del narcotráfico, tanto nacional como internacional [los] líderes de red de trata de personas los utilizan*

como intermediarios para la realización de sus actividades” (*El Nuevo Diario 2010, Nicaragua*). Todo esto sucede ante la pasividad del Estado (...) y mientras el crimen organizado perfecciona sus redes para captar el potencial de millones de jóvenes en esas condiciones, las autoridades y sus políticas públicas para apoyarlos brillan por su ausencia (...)” (*El Universal 2011, México*). Los autores y expertos consultados en algunas notas hasta se animan a describir el modo en que se da el pasaje desde la doble inactividad a la ilegalidad “(...) el chico está hacinado en la casa, se va a la esquina porque ahí está mejor, empieza a consumir porque todos lo hacen. Es la forma de integrarse a la red del barrio. A partir de ahí empieza con problemas de adicción, de salud, pero también de endeudamiento (empieza a deber plata). Y se completa con algún vivo que se le acerca para proponerle cualquier idea para cancelar esa deuda y el resto que lo ‘marcamos’ diciendo estos pibes son la causa de la inseguridad (...)” (*Página 12 2013, Argentina*).

Retomemos las preguntas iniciales. ¿Cuál es el abordaje que hace la prensa latinoamericana a adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan? ¿Quiénes son? ¿Qué hacen? ¿Por qué es un problema social al que es necesario atender? A grandes rasgos, se trata de un grupo en aumento, incluso una “generación”, que ostenta nombre importado: “nini”. Excluidos, marginales, deprimidos, apáticos, volcados al ocio digital, que aunque compulsivo sabe más a letargo que a adrenalina. Bloqueados, frustrados con anticipación, se muestran incapaces de proyectarse a futuro. Encerrados en sus dormitorios, algunos apresados en institutos de menores, deambulando sin rumbo por las calles, anclados a perpetuidad en un presente que aunque quieran, no puede ser eterno. Y es entonces, con el compás de espera de fondo, cuando parte del mundo adulto imagina y anuncia los peores desenlaces. El mundo se ha vuelto un sitio incierto, competitivo y colmado de peligros. Es necesario que se sumen a las filas de los trabajadores, de otro modo el narcotráfico, las pandillas juveniles, la delincuencia urbana serán la cara visible de la desintegración inminente, de una sociedad diezmada por la desocupación, la falta de educación y de familias incapaces de educar, de una sociedad que quien sabe dónde perdió sus antiguos valores. En un contexto semejante no es buena idea que los adolescentes y jóvenes permanezcan en un punto ciego de la mirada adulta. Invisibles para el sistema educativo y el mercado laboral, fuera de su control, desprotegidos. Al margen de la sociedad, a merced de la ilegalidad “ávida de mano de obra barata” (*El Universal 2011, México*).

Hay matices y algunas dudas. Quizás quede una luz de esperanza y sean “ninis” a su pesar, porque aunque lo intentan no logran ingresar a la universidad a la que llegan cada vez peor preparados por una secundaria masificada o porque aunque quieren no logran conseguir un empleo estable. Quizás no hayan sido aún inoculados por “el virus del desánimo” (*El Diario 2010, Bolivia*) quizás aún se esté a tiempo de salvar su “naturaleza vitalista y combativa” (*El Diario 2010, Bolivia*). Quizás los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan, al menos una parte de ellos, tampoco estén en riesgo: sólo son más astutos que las generaciones anteriores y con más recursos, quizás solo estén esperando una buena oportunidad para entrar a la adultez por la puerta grande, sin pagar derecho de piso. Tal vez, no lleven en su seno una tragedia

próxima a revelarse, incluso, es probable que muchos no estén en peligro ni sean peligrosos. Parte del grupo lo conforman mujeres amas de casa, dedicadas madres y esposas de familia. Llegado este punto pareciera que la categoría resulta no ser tan elástica ¿a esas mujeres corresponde considerarlas parte de la “*desastrosa categoría nini*” (*El Universal 2011, México*)? El debate, ciertamente no está saldado, pero por las dudas, nadie suelta el impactante más menos 20% con el que fue dimensionado inicialmente su presencia dentro del grupo etareo.

En otros términos, el futuro que se vaticina en las notas sugiere que si los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan no fueran tantos y pudieran permanecer eternamente en esa situación no despertarían tanto interés. Pero la base económica sobre la cual descansa el funcionamiento de las sociedades actuales indica que sin mano de obra calificada los países no crecen. A la vez, el hecho de que la dependencia económica de un grupo social recaiga inevitablemente sobre otros, compromete aún más las posibilidades de crecimiento económico. Y si a esto se le suma que la imperiosa atadura al dinero que imponen las sociedades capitalistas obliga a obtener ilegalmente los recursos que no se adquieren a través del mercado laboral, la situación de doble inactividad en la que viven millones de adolescentes y jóvenes latinoamericanos no solo pone en riesgo la economía de un país, sino también, su existencia como sociedad.

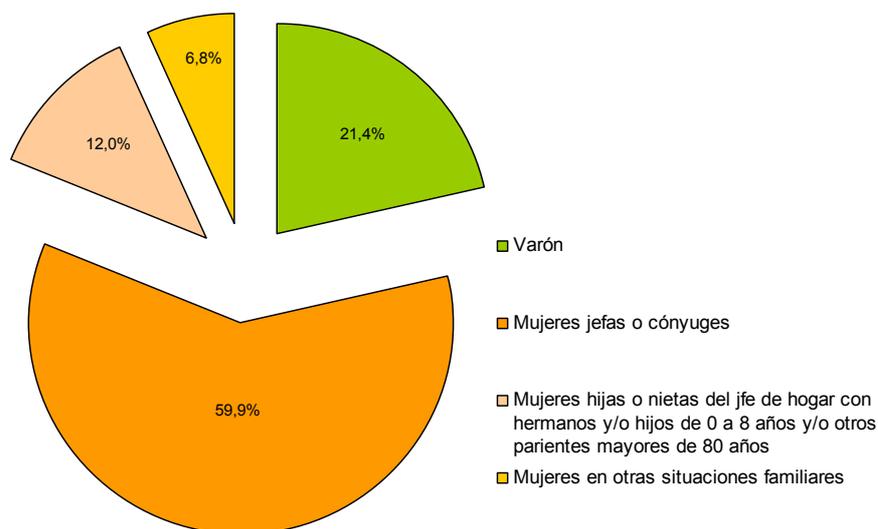
Ahora bien, bastaría un simple soplido para desmoronar este castillo de naipes si ante la preocupación por las cantidades no cediéramos al reflejo de excluir lo evidente – hay fuertes indicios para suponer que la inmensa mayoría de los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan están dedicadas a las tareas de cuidado- y durante el ejercicio de reflexión sobre ellas, pensáramos a la minoría restante.

Esto es, tanto las Encuestas de Hogares como los artículos periodísticos nos permitieron ver a los personajes con los cuales abrimos este texto: Sonia, Santiago, Darío, Elena, Laura y Rubén fueron acentuados de uno y otro modo por ambas fuentes. La categoría “no estudia ni trabaja” nos permitió verlos a todos. Pero aunque todos quepan, algunos ocuparon más espacio que otros. En los artículos periodísticos, Sonia y Elena, amas de casa las dos, madre adolescente Elena, por más que contaron con algunos voceros, no lograron hacerse escuchar. Su voz se disipó rápidamente hasta volverse inaudible, arrasadas por el intenso ruido que provocó el resto, aún ante los indicios claros de que ocupaban no un poco más que el espacio que les fue otorgado, sino más, mucho más de lo que ocupa el resto, incluso, al sumarlos.

¿Quiénes son Sonia y Elena? ¿De qué se trata el trabajo que realizan? El término “trabajo” hace énfasis un tipo de actividad que tiene un costo en términos de tiempo y energía y que surge de una relación social, generalmente de carácter familiar, que se asume como obligación. La idea de “cuidado” alude a que la actividad esta orientada a proporcionar servicios y bienestar a otras personas, en tanto que “no remunerado” resalta que quienes lo realizan no reciben una retribución monetaria a cambio de su trabajo. Se trata del trabajo no pago realizado en la esfera doméstica que mantiene la fuerza de trabajo actual, genera a la futura y cuida la envejecida (OPS, 2008).

No se puede pasar por alto que ocho de cada diez adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan son mujeres que como Sonia y Elena se dedican a cuidar a sus hijos, a sus hermanos menores, a sus abuelos, a sus maridos y a su hogar. Ciertamente es que los varones están tan capacitados como las mujeres para ocuparse de las tareas domésticas, y brindar amor y cuidado a sus hijos. Seguramente en la actualidad ya sean muchos los varones dedicados a estas tareas. No obstante numerosos estudios indican que esta actividad recae casi exclusivamente sobre los hombros de las mujeres (OPS, 2008). A riesgo de cometer el mismo error que intentamos desenmascarar, vamos a considerar que en el grupo de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan son las mujeres quienes se dedican a cuidar el hogar, a sus esposos e hijos. Aclarado este punto, la hipótesis se refuerza al observar que el 72% de estas mujeres son jefas de hogar o cónyuges, y en su inmensa mayoría tienen hijos; o viven en familias extensas, donde conviven con sus abuelos y sus hijos, o hermanos pequeños. Si como sugieren algunas notas, las mujeres fueran excluidas de la categoría, la prevalencia de la doble inactividad entre los adolescentes y jóvenes de entre 15 y 24 años descendería desde aproximadamente el 20% a menos del 5%. En contraste, el lugar que ocupan las mujeres dedicadas a las tareas de cuidado en el corpus de artículos que señalan que el 20% de los adolescentes no estudian ni trabajan, es marginal.

Gráfico 5: Adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan según sexo y configuración familiar 2010, América Latina, 18 países



FUENTE: SITEAL con base en Encuestas de Hogares de cada país

No es posible pasar por alto el hecho de que aún la arrasadora presencia de las mujeres y de las tareas de cuidado, estas no logren signar semánticamente a la categoría “no estudia ni trabaja”. ¿Qué sugiere que en una de las lecturas sobre los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan las mujeres dedicadas a las tareas de cuidado y al trabajo doméstico no remunerado se diluyan al instante mismo de ser vistas, mientras que en otra lectura irrumpen hasta apropiarse de su sentido? Quizás este indicando que así como la luz es condición de posibilidad para hacer visible a un objeto haya algo entre la categoría “adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan” y la multiplicidad de realidades percibidas, que esté operando en el mismo sentido. Esa luz, muy probablemente, sea el paradigma desde el cual la categoría es lanzada a observar.

Desde esta perspectiva, quienes utilizan la categoría “no estudia ni trabaja” solo pueden percibir realidades dentro del espacio delimitado por las reglas del paradigma en el cual se inscriben. No hay luz por fuera de este espacio. A toda observación subyacen afirmaciones previas que originan e impulsan la visibilización del problema social, a la vez que le dan su forma particular. No hay producción de imágenes sin sujetos que las construyan y por lo mismo, cada una de ellas no puede ser otra cosa que un punto de vista. Es este encuadre inicial el que define la resistencia o receptividad de los actores a una misma evidencia y desencadena que aún utilizando los mismos recursos para observar, den como resultado lecturas irreconciliables.

Ahora bien, ciertamente la multiplicidad y divergencia de representaciones que surge de la observación de los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan es un sello distintivo de esta categoría. Esto obedece a varias razones. En primer lugar, a su inevitable falta de precisión. Clasificar a los sujetos por lo que no tienen o en este caso, por aquello que no hacen, delimita un campo de posibilidades mucho más amplio que al clasificar por lo que portan, por sus conductas, o por lo que son. Una clasificación por la negativa agrupa a los sujetos por aspectos que “no se ve” de ellos y en este sentido, las actividades que desarrollan los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan (es materialmente imposible “no hacer nada”) están sujetas a la interpretación de los observadores, y lo que es peor aún, sin posibilidad de ser refutadas (para el caso de “no estudiar ni trabajar” el desarrollo actual de las estadísticas utilizadas para observarlos impiden avanzar en la descripción de lo que efectivamente hacen cuando no estudian ni trabajan). En rigor, “no estudiar ni trabajar” produce solo una gran incógnita, que los observadores resolvemos más o menos apresuradamente a través de respuestas surgidas de nuestro marco de interpretación previo, colmado –como hemos visto– de expectativas, tensiones, miedos y añoranzas.

Esta particularidad da lugar a que, paradójicamente, la categoría “no estudia ni trabaja” sea más útil para dar cuenta de los puntos de vista con los cuales se aborda a la adolescencia y la juventud latinoamericana, que para comprender la situación que este grupo social configura cuando se aleja de los espacios en donde se espera encontrarlos. Desde su origen, la categoría “no estudia ni trabaja” pone sobre relieve la importancia que el sistema educativo y el mercado laboral tiene para el observador.

Esta representación es además, compartida. Su aplicación en el pasado y las respuestas que fue provocando, permiten que el autor de los artículos anticipe y establezca un diálogo con los interlocutores con quienes comparte el código. Si bien no hay consenso en torno a lo que “se ve”, sí existe un fuerte consenso en que es importante detenerse a observar a estos adolescentes y jóvenes.

En este sentido, desde el origen de esta categoría, se pone en acto un esquema valorativo que indica que el sistema educativo y el mercado laboral son espacios importantes de formación y participación en la sociedad. No es menor que la familia no esté incluida entre estos espacios de integración. Probablemente su ausencia este expresando la invisibilización de la relevancia económica del trabajo doméstico no remunerado y las tareas de cuidado. Probablemente este actualizando la representación que torna infranqueables las puertas de los hogares al examen público.

Luego, dado que los instrumentos utilizados para observar no permiten caracterizar las prácticas que desarrollan los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan, los observadores necesitan acudir a sus propios conocimientos y expectativas para justificar el uso de esta categoría y de este modo dar forma a lo que esta no es capaz de revelar. No basta con afirmar que hay adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan. Para que la categoría justifique su existencia –para que funcione- debe decirnos, o al menos sugerir, qué sucede cuando se configura una situación de doble inactividad. Durante esta operación es que la categoría alcanza el punto máximo de su capacidad expresiva. ¿Qué aspecto de los observadores sensibiliza que los adolescentes y jóvenes no estudien ni trabajan? ¿Qué creen que sucede allí donde no ocurre aquello que sus esquemas valorativos indican que debería suceder? Por lo analizado en las notas pudimos conocer la preocupación de los observadores por el nivel de productividad del país en el que residen, la convicción de que ni el sistema educativo ni las políticas públicas en general se encuentran a la altura de las exigencias del mercado laboral, el temor que despierta la presencia cada vez mayor de organizaciones criminales. En este punto resulta interesante el modo en que se filtra en las respuestas la inscripción local de sus autores. Tomemos como ejemplo a México, el país con mayor producción de notas sobre los adolescentes que no estudian ni trabajan y el que con mayor frecuencia los relaciona con el narcotráfico. Curiosamente, este también es el país en donde el problema de las organizaciones criminales vinculadas con el tráfico ilegal de drogas ocupa un lugar central en la agenda pública y de gobierno. Lo mismo sucede en los países de América Central. En estos países las pandillas juveniles organizadas alrededor de actividades ilegales (las “maras”) son la forma en que se visibiliza mayormente el crimen organizado, y simultáneamente, son también los países de residencia de los autores que vinculan a los adolescentes y jóvenes que no estudian con estas pandillas.

Asimismo, la diversidad de puntos de vista alrededor de este grupo de adolescentes y jóvenes da cuenta del momento en que se encuentra la construcción de su situación como problema social. Si puestos a actuar, un paradigma, sus conceptos y sus herramientas de observación, expresan todo lo que son capaces de ver y no ven lo que

no pueden, es esperable que en este punto la superposición de imágenes inconexas sea más el producto de las luces y sombras entre las que se mueven los observadores que el resultado de sus ocultamientos y conspiraciones deliberadas. Al menos resulta útil –por el momento– pensarlo así. Hay indicios suficientes para suponer que el proceso de visibilización de estos adolescentes y jóvenes se encuentra en sus comienzos y mientras el consenso sea tan débil urge la necesidad de sumar al debate nuevas voces y miradas. Fundamentalmente aquellas que se sitúen en los umbrales de la categoría -espacios de luz disminuida, casi al borde de la oscuridad- siempre centelleantes, llenos de nuevos sentidos y por ello, aberturas hacia nuevas percepciones y representaciones. Como ya hemos visto, las mujeres dedicadas a las tareas de cuidado desestabilizan la categoría en cuanto aparecen – se ubican en sus umbrales- y por esto mismo, se sitúan como límite de sentido dentro de la categoría “no estudia ni trabaja”. ¿Qué elementos de los puntos de vista identificados a través del análisis de los artículos periodísticos obstaculizan la aparición de las mujeres dedicadas a las tareas de cuidado? ¿Qué nuevo punto de vista es necesario adoptar para visibilizarlas dentro del grupo de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan?

Una característica recurrente de la aproximación que hace la prensa a la realidad de los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan en Latinoamérica es su detenimiento en unidades que trascienden a los sujetos y a las interacciones que los conforman. El “desarrollo”, los “recursos humanos”, “la sociedad”, e incluso “la juventud”, “la generación”, “los valores”, “la familia” o “la escuela” pensados en sí mismos, son instancias que diluyen las motivaciones y la distribución de los roles que desempeñan los individuos en su interior. El campo de visibilidad se torna muy estrecho cuando los sujetos son concebidos como medios y no como fines en sí mismos. Si a esto se le suma que el propósito es preservarlas, gran parte de estos sujetos no son solo despojados de sus individualidades sino del modo en que sus derechos a formar parte de esos colectivos son sistemáticamente vulnerados.

Una apreciación elocuente de la amenaza que suponen los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan la aporta un periodista uruguayo en la edición de uno de los periódicos de mayor tirada de su país *“dentro de la masa de ignorantes que pueblan este mundo, figuran en lugar destacado los miles de adolescentes que no estudian ni trabajan. (...) [no] debe sorprender a nadie que esas bandas de iletrados incurran en actos vandálicos contra escuelas o liceos, porque a esos centros de formación se asiste para adquirir lo que a ellos les falta y se imparten las nociones que ellos consideran como algo ajeno, es decir los conocimientos que ellos no tienen y que por lo tanto pertenecen a otro mundo, cuya utilidad ignoran y cuyo valor intentan descalificar a través del ataque, el saqueo y la destrucción de material didáctico. Lo que por fuera parece un acto de barbarie inexplicable, es en verdad la guerra entre un sistema organizado en torno a la cultura y una embestida de los extraños por destrozarse los símbolos de la estructura que no integran y cuya presencia física intentan borrar”* (El País 2012, Uruguay).

Cierto es que en el marco que fija el tono de este enunciado no sólo es impensable ver a las mujeres dedicadas a las tareas de cuidado, sino a prácticamente todos los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan. El autor de esta nota sólo es capaz de ver a aquellos adolescentes y jóvenes que no trabajan que están organizados en pandillas, violentos, activos e infractores de la ley, a quienes, por otra parte, aborda de un modo a todas luces cuestionable. No es el único. Un colega suyo, en este caso argentino, en un tono menos virulento pero utilizando el mismo recurso –asignar responsabilidades en un hecho de violencia- y paradójicamente compartiendo el propósito de este documento, señala que *“los vimos. Corrección: se dejaron ver. Algunos iban con la cara cubierta, otros ni siquiera se demoraron en ese mínimo camuflaje. Tal vez no les importó que otros los vieran (...) Son, en ese sentido, invisibles. Hasta que “algo” pasa (y lo que pasó hace un mes fueron saqueos en Bariloche, Rosario, y así hasta llegar a 40 ciudades, a 292 comercios, a 26 millones y medio de pesos perdidos, a 500 detenidos y a 4 muertos) y entonces sí: los vemos. De golpe y de a montones (...) un país en donde casi un millón de sus cuarenta millones de habitantes no trabaja ni estudia el vandalismo es, bien mirado, anécdota (...) miles de chicos a la deriva, saqueados de futuro, expulsados a la calle. La esquina como su nueva y terrible patria”* (La Nación 2013, Argentina).

El malestar y tensión que inspiraron estos artículos transformó a los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan en una pantalla sobre la cual proyectar el miedo de sus autores a la violencia y a la desintegración social. En la percepción de que vivimos en sociedades cada vez más violentas y en la urgencia por encontrar culpables, radica el origen de la representación errónea sobre del aumento de la proporción de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan, aún cuando no exista una base empírica para sostener esta afirmación.

Es así que las emociones que desata la violencia social, la inseguridad, el crimen organizado, el riesgo de desintegración social y la histórica sospecha que despierta la juventud configuran un obstáculo peligroso a la reflexión *“cuando en el centro de unas políticas de visibilidad se coloca la demonización como clave comunicativa, se mina cualquier posibilidad del incremento en las competencias críticas y reflexivas de la ciudadanía, y ésta queda secuestrada por los instintos más básicos, por el nivel más rudimentario de la política. La demonización del adversario no fue el único mecanismo activado, ni el miedo agotó el proceso. Detonado el miedo, bastó colocar en el espacio público un discurso que exacerbó el enfrentamiento (...) Ello impide colocar la mirada crítica en las “causas” o, mejor, en los procesos históricos y políticos que están en la base de muchas de las violencias sincopadas, caóticas y absurdas que aceleran la experiencia de miedo, indefensión y descrédito (...) el miedo ha ido expulsando al ciudadano, y en esta sustitución de cuerpos sólo queda espacio para la víctima. Ésta, que es obligada a emprender una cruzada personal contra el monstruo -el vecino sospechoso, el extraño, aquel cuya vida no comprendo o cuyos actos no logro descifrar rápidamente-”* (Reguillo, 2012).

En el discurso del miedo se inscribe la demanda creciente a la actuación del Estado punitivo *“(...) esa legión de inservibles (que no debe ser demonizada, según*

aconsejan ciertos sectores ilustrados) es ante todo víctima de hogares encabezados por padres a quienes la magistratura uruguaya confiere la categoría de responsables, ya que les entrega los hijos infractores toda vez que son procesados sin prisión (...) la pregunta que está en el aire es si el ejercicio de la autoridad sucumbirá ante la amenaza de esa resaca juvenil de número y bestialidad ascendentes, que no sabe nada, no respeta nada ni aprende nada al margen de sus programas delictivos, o si encontrará en cambio la manera de reprimir, reeducar y rescatar el desperdicio de ese sector de una adolescencia a la deriva. Por el momento, una ciudadanía tan asustada como los profesores y funcionarios del Liceo 50, espera una respuesta de la que depende el futuro de esta sociedad en peligro (El País 2012, Uruguay)” e incluso a la adopción de un rol punitivo de las formas más tradicionales del Estado social “(...) lo primero debería ser establecer la obligatoriedad de la educación hasta el nivel de bachillerato (...) con el requisito de obligatoriedad, las autoridades pueden perfectamente iniciar procesos contra los estudiantes que en horarios de estudio están en las calles (...) sería culpa tanto de él como de su familia y aquí es donde una idea como ésta cobra fuerza, porque la familia que tiene hijos entonces es responsable de su educación y de que en realidad cumpla con ese mandato, contra pena de multa o cárcel si los padres de familia no se esfuerzan para que una ley de este tipo se cumpla” (El Mundo 2013, El Salvador) o hacia la actuación social de las formas más acabadas del Estado punitivo “el gobernador (...) presentó hoy ante el Congreso del Estado una iniciativa para reformar diversos artículos tanto de la Ley del Servicio Militar, como de la Ley de Educación Militar, la cual va encaminada a generar espacios de oportunidad, mediante una opción de educación y trabajo, a los jóvenes que no estén estudiando y que tampoco desempeñen actividades laborales de manera formal (...) se trata de una oportunidad de que dichos jóvenes se sientan útiles a la sociedad y a la patria, de ocupar su tiempo al servicio de la nación y alejarlos del ocio, los vicios y cualquier mala influencia con motivo de su inactividad” (Excelsior 2011, México).

Afortunadamente, gran parte del debate que alimenta la irrupción de los adolescentes y jóvenes en la escena pública gira en torno a liberarlos de su estigmatización negativa y comprender que la vulnerabilidad social en la que se encuentran inmersos expresa la ausencia de políticas económicas distributivas y políticas sociales eficaces: “el 25% de los jóvenes del mundo, 300 millones, están actualmente fuera del sistema educativo, y del mercado de trabajo. Los economistas ortodoxos los llaman “los ni, ni”. No estudian ni trabajan. Pareciera que decidieron hacerlo así. Están tergiversando las causas (...) No decidieron nada. Fueron expulsados antes casi de iniciar su vida laboral, por una economía mundial que en los últimos 5 años tuvo el nivel más bajo de crecimiento de los últimos 40 años, solo 2.9%. La especulación financiera, y la “codicia desenfrenada”, como la llama Obama, contribuyeron fuertemente a ese resultado. Son “ni, ni” porque la economía los acorraló” (El Universal 2013, Venezuela).

Para algunos periodistas, este grupo de adolescentes revela las consecuencias de la acumulación histórica de desventajas sociales “[los “ninis”] son los pibes que no conocieron trabajo estable para sus padres, y que aunque el barrio esté mejor, que

haya más laburo, que las casitas empiecen a ser de material, todavía hoy no conocen que el trabajo es un derecho. A esos pibes les declararon la guerra los grupos económicos (...) Si les declaran la guerra a ellos nos están declarando la guerra a nosotros, y la van a perder. Néstor nos decía, y siempre insistía, que los conflictos sociales tienen causas políticas y sociales. La salida represiva lo único que hace es empeorar la situación, separa al Estado de su Pueblo. La única salida que tenemos es la política. Social, de inclusión, de compromiso, de nosotros (...)" (Página 12 2011, Argentina). Un periodista paraguayo afirma que "culpar a nuestra sociedad o al capitalismo neoliberal de la existencia de la generación ni ni es muy fácil y no conduce a solución alguna. La cuestión de fondo radica en que tampoco se gana nada con negar su presencia entre nosotros. Ellos también somos nosotros. Todos tenemos que asumir la existencia del problema y el derecho irrenunciable de los jóvenes ni ni a no ser marginados y excluidos del cuerpo social único que conforma nuestra nación (ABC Color 2013, Paraguay)".

Pero ni siquiera el discurso de quienes abogan por la reconstrucción del Estado Social logra poner de relieve el lugar central que ocupa el trabajo doméstico no remunerado y las tareas de cuidado entre las actividades que realizan los adolescentes que no estudian ni trabajan. ¿Por qué?

El trabajo no remunerado y las tareas de cuidado entre los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan

*“Por el suelo hay una compadrita, que ya nadie se para a mirar.
Por el suelo hay una mamacita que se muere de no respetar”
Por el suelo, Manu Chao*

Las mujeres dedicadas al trabajo no remunerado y al cuidado de otros miembros del hogar van a permanecer en las sombras si no se modifican las afirmaciones constitutivas que sostienen la categoría “no estudia ni trabaja”.

El trabajo doméstico no remunerado y las tareas de cuidado no pueden ser vistas cuando la sociedad es pensada por fuera de los sujetos que la conforman. La familia es, al igual que “el desarrollo” o “los recursos humanos”, otra unidad agregada que – de no ir por ellos- invisibiliza las interacciones de los individuos que la sostienen y las tareas que allí realizan. Pero incluso desde un encuadre económico el trabajo de cuidado es de fundamental importancia. En efecto, las estadísticas de uso de tiempo obtenidas en distintos países constatan que el trabajo no remunerado contribuye al bienestar, al desarrollo de capacidades humanas y al crecimiento económico de largo plazo, a la vez que congrega un volumen de horas de trabajo muy considerable en la conformación del PBI. Un estudio realizado por la CEPAL (2008) en México y Guatemala indica que el valor del trabajo de cuidado no remunerado dentro del hogar representa entre el 20% y el 30% del PBI. Dichas estadísticas indican además que las mujeres realizan la mayor parte de este trabajo y que, cuando se suman el trabajo remunerado y el no remunerado, las mujeres trabajan jornadas más largas que los hombres.

Es aún más difícil que estas mujeres sean vistas si la sociedad es concebida como una unidad fragmentada en partes en donde algunas amenazan a las otras. Es más que evidente que estas mujeres no constituyen una amenaza para el desarrollo de la sociedad, sino que muy por el contrario realizan una actividad imprescindible para su sostenimiento y reproducción. Al percibir las, la dependencia económica de estas mujeres devuelve otra evidencia de la injusticia distributiva de la riqueza, revela el ocultamiento global que la sociedad hace del trabajo femenino en la esfera familiar, y niega a las mujeres la apropiación de lo que ha producido (Dirección General de la Mujer, 2011). Ambos procesos –invisibilización del modo en que el trabajo doméstico genera valor y ausencia de remuneración- refuerzan, al articularse, la dependencia de este grupo de mujeres, en una dinámica perversa que se manifiesta con claridad, por ejemplo, durante la vejez, ya que las pensiones y los beneficios de atención asociados con la jubilación tienden a depender del tiempo dedicado al empleo remunerado y, de manera particular, al empleo en el sector formal de la economía. De este modo, las personas que cubren gratuitamente el déficit de servicios públicos y se dedican a

ofrecer tareas de cuidado a lo largo de su vida económicamente activa, son quienes experimentan paradójicamente mayor dificultad para recibir servicios de cuidado durante la vejez, dado que para la alta proporción de mujeres que pasan una gran parte de sus vidas fuera del mercado de trabajo, e incluso, para aquellas que realizan trabajo remunerado de manera informal o irregular, el acceso a los beneficios de la seguridad social, frecuentemente se hace posible solo a través de la relación con un cónyuge empleado. En consecuencia, para estas mujeres, la protección social se convierte en un derecho derivado, más que en un derecho ciudadano (OPS, 2008)⁴. No solo las mujeres y las tareas que realizan al interior de las familias están invisibilizadas, la familia misma, como espacio de interacciones sociales fundamentales, permanece ajena al debate público.

Sumado a lo dicho, si la dependencia económica encierra una amenaza, son ellas las que están en peligro. Numerosos estudios indican que este tipo de arreglo intrafamiliar delimita un espacio potencialmente nocivo para las mujeres. El reforzamiento de la dependencia económica, el debilitamiento de su capital social por fuera de los vínculos familiares y la asimetría de poder entre géneros asociado entre muchos otros aspectos a esta dependencia y aislamiento, configura relaciones intrafamiliares en donde las mujeres se encuentran más expuestas a ser víctimas de la violencia, a perder el control de sus cuerpos y su autonomía para decidir el rumbo de sus vidas y la de sus hijos. UNIFEM (2007) en su estudio *Violencia contra las mujeres*, datos y cifras indica que *“las mujeres corren más riesgo de sufrir violencia en las relaciones íntimas que en ninguna otra parte”*, entendiendo que por violencia doméstica y la violencia ejercida por un compañero íntimo se considera el abuso físico y sexual de las mujeres en el hogar, dentro de la familia o dentro de una relación íntima. Este mismo estudio señala que *“(…) al menos una de cada tres mujeres en todo el mundo ha sido golpeada, forzada sexualmente o abusada de algún otro modo en el transcurso de su vida, y el abusador habitualmente es alguien conocido de ella. Se trata quizás de la violación a los derechos humanos más generalizada que conocemos en la actualidad (...)”*. Según diversos estudios de todo el mundo, la mitad de las mujeres que mueren por homicidio son asesinadas por sus esposos o parejas actuales o anteriores. Las mujeres son asesinadas por personas que conocen, y mueren por violencia con arma de fuego, por golpizas y quemaduras, entre otras numerosas formas de abuso. Un estudio efectuado en São Paulo, Brasil, informó que el 13% de las muertes de mujeres en edad reproductiva fueron por homicidio, de los cuales, el 60% fueron cometidos por las parejas de las víctimas (OPS, 2003).

El Grupo Parlamentario Interamericano sobre Población y Desarrollo (2005) señala que, según datos disponibles de 15 países, el 69% de las mujeres ha sido objeto de abuso físico por parte de su pareja y que el 47% ha sido víctima de al menos un ataque sexual durante el transcurso de su vida. En Chile una encuesta efectuada en la

⁴ En Argentina, la familiarmente denominada “Jubilación para amas de casa”, ofrece una notable excepción a esta afirmación. Desde el año 2006, la Ley 24.476, correspondiente a la “Moratoria permanente de autónomos” permite que todas aquellas personas en edad para jubilarse (mujeres 60 años de edad y hombres 65 años de edad) y que no pueden acreditar 30 años de aportes acceda al haber mínimo vigente.

región metropolitana por el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) y el Centro de Análisis de Políticas Públicas de la Universidad de Chile (2001) reveló que un 50% de las encuestadas había vivido alguna vez violencia en la relación de pareja. En Costa Rica, el 75% de las encuestadas en el área metropolitana de San José admitió haber sido objeto de violencia psicológica y 10% de violencia física. En Perú, el Instituto Nacional de Estadística e Informática realizó una encuesta nacional (2000) a mujeres alguna vez casadas o en unión libre revelando que un 41% había sido agredida físicamente por su esposo o compañero, un 34% había sido objeto de situaciones de control psicológico, un 48% de ataques verbales y un 25% de amenazas.

Por lo dicho, los enfoques productivistas son a todas luces insuficientes para abordar al colectivo de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan. Las miradas que parten de afirmaciones sobre los modos en que los sujetos deben posicionarse en la sociedad para maximizar su rendimiento económico o su subsistencia no aportan conocimiento relevante sobre los procesos históricos, sociales y políticos que ubicaron a los sujetos en los lugares en donde se los encuentra efectivamente, ni lo que hacen o son capaces de hacer cuando se alejan de la posición esperada. En este sentido, producen un conocimiento muy pobre que difícilmente inspire políticas sociales con real capacidad de injerencia. Pero quizás lo peor de estos “ojos ciegos, bien abiertos”, no sea su incapacidad de ver sino el hecho de que reproducen y refuerzan las condiciones de invisibilidad del problema que pretenden abordar.

En los hechos, el campo de visibilidad que aportaron los enfoques productivistas, desembocaron en el extremo de la ceguera. Al partir de estas perspectivas, las mujeres dedicadas al trabajo doméstico no remunerado y el cuidado de otros, concentraron un conjunto de atributos y prácticas que las ubicaron en un punto ciego del debate sobre el desarrollo de sus capacidades como sujetos y sobre su propio bienestar.

Estos enfoques supieron tímidamente ver, pero ninguna reflexión sustantiva pudieron aportar sobre las raíces históricas, culturales y sociales que sostienen la invisibilización de la función social y económica del trabajo que realizan estas mujeres y que de revertirse, las ubicarían de inmediato dentro de los grupos sociales de mayor productividad. Tampoco fueron capaces de cuestionar la distribución desigual del tiempo dedicado al trabajo doméstico no remunerado y a las tareas de cuidado, sino que muy por el contrario la feminización de estas actividades se dio por descontado. Menos aún alertaron sobre el peligro que corren estas mujeres al reforzar su dependencia económica y empobrecer sus redes de pertenencia. Y aún cuando estos enfoques produjeron un profuso e intenso debate sobre las consecuencias que trae aparejado a los sujetos y a las sociedades el hecho de no participar activamente en el sistema educativo o el mercado laboral, la discusión se detuvo en seco cada vez que se las vio cuidando de sus hogares, maridos, hijos, hermanos pequeños o abuelos. ¿No estaba el debate en el punto justo para comenzar a reflexionar sobre las consecuencias que para las mujeres tiene el sostenimiento de los roles tradicionales a los que fueron asociadas? ¿No había llegado el momento –puesto tan de relieve la relevancia del estudio y el trabajo para el desarrollo y futuro de las personas- para

reflexionar sobre el modo en que la persistencia de esta distribución de roles atenta contra el derecho a la educación, a recibir remuneración por el trabajo que se realiza y a la autonomía de las mujeres? El momento de la discusión era, efectivamente, una invitación a abrir un nuevo mundo de significados y representaciones para quienes no estudian ni trabajan, pero el punto de vista adoptado obturó por completo la posibilidad de notar la existencia de estas mujeres y para el caso del resto de los sujetos implicados en esta categoría, empobreció su complejidad al límite del sentido común.

Por lo dicho y sin ánimos de demonizar a estos encuadres, para el caso particular de los adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan es necesario al menos dejarlos en suspenso para dar lugar a un debate auténticamente comprometido con quienes lo conforman y evitar así la producción y actualización incesante de representaciones sociales engañosas que en muchas ocasiones nos convierte en colaboradores de la injusticia y en el peor de los casos, de la estupidez.

Necesitamos crear las condiciones para que cada vez más personas puedan vivir mejor. Necesitamos pensar qué es lo que tenemos que hacer para lograrlo. Un buen punto de partida es explorar la función práctica de los conceptos que usamos para observar la realidad. Los enfoques normativos, teóricos y políticos del que se nutren los conceptos que utilizamos para observar y reflexionar sobre la realidad social, tienen la capacidad de moldear las demandas de solución a los problemas que percibimos como injustos. Tal como vimos, los enfoques productivistas, avivaron la exigencia de respuestas punitivas, la diagramación de sociedades en donde el peligro y los peligrosos sean visibles, controlados, castigados; aún antes de serlo. En contraste, este nuevo encuadre, permite abrir la discusión en torno al lugar que ocupa la maternidad y paternidad entre los adolescentes y jóvenes, para explorar los motivos por los cuales el sistema educativo y el mercado laboral no son percibidas como alternativas reales, especialmente entre las mujeres, para orientar y construir un proyecto de vida. Tal vez, el hecho de que la escuela media haya sido capaz de incorporar gradualmente a los adolescentes trabajadores pero se muestre más resistente a incorporar a los inactivos, sea una buena oportunidad para pensar, por ejemplo, por qué el sistema educativo aún no logra evitar que las adolescentes madres interrumpan sus estudios. La profundización de la doble inactividad entre las jóvenes durante una década de cierta recuperación económica nos lleva a pensar si no existe una relación entre la retirada de las mujeres del mercado laboral y la expansión de los programas de transferencias condicionadas, o el mejoramiento del acceso al trabajo y a las condiciones laborales que permitieron prescindir del ingreso de uno de los miembros de la pareja. Puestas a elegir entre trabajos de baja calificación y la posibilidad de permanecer en sus hogares, las familias escogen que sean las mujeres quienes se retiran del mercado laboral. ¿Qué es necesario hacer para que estos programas no refuercen los modelos tradicionales de distribución de roles y tareas entre varones y mujeres, sino que por el contrario impulsen, por ejemplo, la finalización de los estudios básicos de quienes debieron interrumpir sus estudios ante la urgencia de incorporarse tempranamente al mercado laboral? Al adoptar esta perspectiva, se vuelven centrales los servicios públicos de cuidado como estrategia

eficaz de acompañamiento de las familias durante la primera etapa de la crianza de sus hijos. La resistencia a la baja de la doble inactividad entre los adolescentes y jóvenes puede ser, leída desde este nuevo enfoque, una expresión del déficit de políticas orientadas a la expansión de los servicios públicos de cuidado.

En síntesis, es evidente que sólo a través de un nuevo ordenamiento de las ideas que se encuentran confusas en el campo de lo que observamos -y haciendo uso de esta confusión- es posible despertar interés por aquello que aún tantas veces visto, seguimos condenando –injustamente- al trasfondo de la historia. En este marco, la visibilización de un problema social es una condición de posibilidad para el ejercicio y distribución de justicia, del mismo modo que la irrupción en el escenario público de los actores, los espacios y las dinámicas que sostienen las prácticas injustas, son parte constitutiva del proceso de visibilización. Tal como vimos, la presencia en el espacio público es incluso el primer requisito para iniciar una discusión.

Mientras persista la tendencia a enfocar en la productividad de las sociedades, la reflexión se detendrá a las puertas de los agregados sociales. Mientras persista la creencia de que algunos espacios, instituciones y las tareas que allí se realizan son más “privadas” que otras, no habrá forma de abrir el debate en torno a la situación en que se encuentran las personas que las sostienen. El papel tradicional de las mujeres está asociado a la crianza de los niños y el cuidado del hogar, del marido y de la familia. A este rol se lo vincula con virtudes morales, tales como la preocupación altruista, la sensibilidad para las necesidades de los demás y una disposición para sacrificar sus propios intereses a favor de los de los otros (Nussbaum, 2012). Las tareas de cuidado que se despliegan al interior de la familia son, sin lugar a dudas, una forma de expresar amor, pero como hemos visto, en su nombre también se sostienen prácticas de desatención, abuso y degradación. Alejadas del examen público, quedó claro que aún ante la más fuerte evidencia, la familia es capaz de replegarse sobre sí misma inhabilitando la reflexión acerca de si la situación en que se encuentran las mujeres que no estudian ni trabajan es verdaderamente la mejor opción para ellas. ¿Debemos dejar que estas representaciones permanezcan en las sombras aún cuando atentan contra la educación, la remuneración, el desarrollo laboral y profesional de muchas mujeres y cuando ponen en peligro a muchísimas de ellas? ¿Podemos elegir no ver aunque la naturaleza del peligro que ellas corren sea el mismo que el que da origen a la categoría que las oculta?

Bibliografía

- Bengochea, Aída M. y Parola, Geraldine G. (2011): Cuando el trabajo no cuenta. Publicaciones del Observatorio de Equidad de Género, Dirección General de la Mujer, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
- Foucault, Michel (2002): Arqueología del saber, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires
- Grupo Parlamentario Interamericano sobre Población y Desarrollo (2005): Violencia Doméstica contra las mujeres. Información General América Latina y el Caribe, Nueva York
- Hall, Stuart (1981): La cultura, los medios de comunicación y el «efecto ideológico», en Curran, Gurevitch et al. (comps.): Sociedad y comunicación de masas, Fondo de Cultura Económica, México
- Jodelet, Denise (1984): La representación social: fenómenos, concepto y teoría en Moscovici, S. (comp.) Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales. Ediciones Paidós, Barcelona
- Moscovici, Serge (2003): La conciencia social y su historia”, en Castorina y Kaplan: Las representaciones sociales: problemas teóricos y desafíos educativos, Gedisa, Barcelona
- Nussbaum, Martha (2012): Las mujeres y el desarrollo humano. Herder Editorial, Barcelona
- Organización Panamericana de la Salud (2008): La economía invisible y las desigualdades de género. La importancia de medir y valorar el trabajo no remunerado, Washington D.C
- Organización Mundial de la Salud (2003): Informe mundial sobre la violencia y la salud. Washington, D.C.
- Reguillo, Rossana (2012): Horizontes fragmentados: una cartografía de los miedos contemporáneos y sus pasiones derivadas. Diálogos de la Comunicación. Revista Académica de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social, versión on line.
- UNIFEM (2007): Violencia contra las mujeres. Datos y Cifras.
- Van Dijk, Teun (1997): Racismo y análisis crítico de los medios, Paidós, Barcelona

Cantidad de artículos periodísticos consultados según país y fuente

PAIS	N° DE NOTAS	ENLACE A LA FUENTE
ARGENTINA	34	
Clarín	10	http://www.clarin.com/
La Nación	10	http://www.lanacion.com.ar/
Página 12	6	http://www.pagina12.com.ar/diario/principal/index.html
Diario registrado	1	http://www.diarioregistrado.com/
Diario Uno	1	http://www.diariouno.com.ar/
El día	1	http://www.eldia.com.ar/
Infobae	4	http://www.infobae.com/
Perfil.com	1	http://www.perfil.com/
BOLIVIA	11	
Opinión	6	http://www.opinion.com.bo/opinion/articulos/2013/1006/index.php
El Diario	3	http://www.eldiario.net/noticias/2013/2013_10/nt131006/
La Patria	1	http://lapatriaenlinea.com/
Los Tiempos	1	http://www.lostiempos.com/
BRASIL	27	
O Globo	17	http://oglobo.globo.com/
Zero hora	5	http://zerohora.clicrbs.com.br/rs/
O Dia	3	http://odia.ig.com.br/
Gazeta	1	http://gazetaonline.globo.com/
Jornal do Brasil	1	http://www.jb.com.br/
CHILE	4	
El Día	1	http://diarioeldia.cl/
El matutino	1	http://www.elmartutino.cl/
El Mercurio	1	http://impresa.elmercurio.com/pages/LUNHomepage.aspx?BodyID=1&dtB=06-10-2013
La Tercera	1	http://www.latercera.com/
COLOMBIA	6	
Portafolio	2	http://www.portafolio.co/
El Colombiano	1	http://www.elcolombiano.com/portada.asp?NM=inicio
El Espectador	1	http://www.elespectador.com/
El Tiempo	1	http://www.eltiempo.com/
El Universal	1	http://www.eluniversal.com.co/
COSTA RICA	10	
El Financiero	3	http://www.elfinancierocr.com/
El país	1	http://www.elpais.cr/
La Nación	4	http://www.nacion.com/
La prensa libre	1	http://www.prensalibre.cr/lpl/
Mi prensa	1	http://www.miprensacr.com/
CUBA	2	
Bohemia	1	http://www.bohemia.cu/
El economista de Cuba	1	http://www.eleconomista.cubaweb.cu/
ECUADOR	5	
El Telégrafo	2	http://www.telegrafo.com.ec/
El Universo	1	http://www.eluniverso.com/
La Hora	2	http://www.lahora.com.ec/
EL SALVADOR	3	
El Mundo	3	http://elmundo.com.sv/

(continúa)

(continuación)

GUATEMALA	5	
El Periódico	4	http://www.elperiodico.com.gt/
La Hora	1	http://www.lahora.com.gt/
HONDURAS	4	
La Tribuna	2	http://www.latribuna.hn/
El Heraldo	1	http://www.elheraldo.hn/
La prensa	1	http://www.laprensa.hn/
MEXICO	82	
El Universal	17	http://www.eluniversal.com.mx/noticias.html
La Jornada	13	http://www.jornada.unam.mx/ultimas/
El Economista	10	http://eleconomista.com.mx/index.php
Excelsior	8	http://www.excelsior.com.mx/
Cronica	7	http://www.cronica.com.mx/noticias.php
Milenio	7	http://www.milenio.com/
Vanguardia	5	http://www.vanguardia.com.mx/
El Informador	3	http://www.informador.com.mx/
El Mañana	3	http://www.elmanana.com.mx/
El Diario	2	http://www.eldiariodecoahuila.com.mx/notas/2013/5/23/tiene-coahuila-42517-ninis-365288.asp
El Porvenir	2	http://www.elporvenir.com.mx/
CNN México	1	http://mexico.cnn.com/
El Horizonte	1	http://elhorizonte.mx/a/
La razón	1	http://www.razon.com.mx/
Proceso	1	http://www.proceso.com.mx/
Zocalos	1	http://www.zocalo.com.mx/
NICARAGUA	8	
El nuevo diario	4	http://www.elnuevodiario.com.ni/nacionales/298356-falsos-televisa-a-mexico
La prensa	4	http://www.laprensa.com.ni/
PANAMA	3	
El Panamá América	2	http://www.panamaamerica.com.pa/contenidos/home.html
El Siglo	1	http://www.elsiglo.com/mensual/2013/10/06/inicio.asp
PARAGUAY	10	
ABC Color	5	http://www.abc.com.py/
Paraguay	2	http://www.paraguay.com/
Hoy	1	http://www.hoy.com.py/
La Nación	1	http://www.lanacion.com.py/
PERU	10	
El Tiempo	5	http://www.eltiempo.com.pe/
La República	5	http://www.larepublica.pe/
REP. DOMINICANA	3	
El Nacional	2	http://www.elnacional.com.do/
El País	1	http://www.elpais.com.do/
URUGUAY	19	
El Diario	2	http://eldiario.com.uy/
El Observador	3	http://www.elobservador.com.uy/portada/
El País	10	http://www.elpais.com.uy/
El Pueblo	1	http://www.diarioelpueblo.com.uy/
La Diaria	1	http://ladiaria.com.uy/
La República	2	http://www.republica.com.uy/
VENEZUELA	5	
El Universal	3	http://www.eluniversal.com/
El Nacional	1	http://www.el-nacional.com/
Minuto a Minuto	1	http://minutoaminuto.com.ve/content/factores-que-influyen-en-la-adiccion-de-los-jovenes-o
AMERICA LATINA	251	